

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA SEGUNDA CENICIENTA,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1860.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de losanos mil...!
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobelza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españo
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los extasis
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bra
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carida
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (ale
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreno.
Los patriotas.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y María.

LA SEGUNDA CENICIENTA,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. EDUARDO ROSALES.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAJES.

MADAMA FONTENAY, viuda. (36 años).
MARIA, su hija mayor (18).
BLANCA, id. menor (17).
EL VIZCONDE DE LA FLOR, prometido de Blanca, 28 (Jorge).
CLAUDIO PARISOT, maestro de enseñanza de las dos jóvenes. (34).
ANTONIO FONTENAY, rico propietario, sobrino de Mme. Fontenay. (38).
MARIANA, nodriza de Maria.
AGUSTIN, criado.
PEDRO. } Id.
JUAN. }
JULIA, doncella de Blanca.

La escena pasa en un castillo de Madama Fontenay, en Bretaña y en nuestros dias.

ACTO PRIMERO.

Una sala baja que dá al jardin. Al foro dos puertas vidrieras. Á la derecha, chimenea. Á la izquierda, puerta dejando ver los escalones ó primeros peldaños de una escalera. Mesa redonda en medio del teatro. Un sofá cerca de la chimenea; sillas.

ESCENA PRIMERA.

AGUSTIN, PEDRO, JUAN, MARIANA.

Al levantarse el telon, Mariana sentada al lado de la chimenea, está hilando con torno. Agustin, leyendo en un libro, sentado en el sofá. Pedro y Juan limpian los demas muebles. En la manera con que estos hacen su trabajo, y en las sonrisas que cambian entre sí, deben hacer conocer que su objeto es el de incomodar á su compañero.

AGUST. (Leyendo.) «Se la encargaban las mas bajas ocupaciones »de la casa: ella era la que fregaba los platos y la esca- »lera; la que barria el cuarto de su madre y los de sus »hermanas.» (El sentido de estas líneas debe ser casi imperceptible para el público por el ruido que hacen Pedro y Juan.) Vaya, lo haceis á propósito? (Con impaciencia y casi llorando.) ¿Acabareis por fin?

PED. (Con socarroneria.) ¿Incomodamos al señor Agustin?

AGUST. (Casi llorando.) Dejadme en paz: esta mañana habeis limpiado ya esta sala... Todo lo que ahora haceis, es por incomodarme. (En este momento sale Julia por la puerta de la

izquierda.)

JUL. ¿Qué algarabia es esta?... pareceis locos.

PED. Estamos limpiando los muebles... barriendo...

JUL. Ya está, y teneis otra cosa que hacer.

PED. ¿El qué?

JUL. Ejecutar las órdenes que el señor Claudio ha dado ayer para celebrar hoy los dias de la señora.

PED. ¿Con que habrá fiesta y algazara? ¡Oh! nos divertiremos mucho.

JUL. Luego, luego. Ahora idos de aqui.

PED. Ya vamos, ya vamos. ¡Vaya qué prisa! (Vánse.)

JUL. Por fin, nos han dejado.

MAR. Decidme, Julia; ¿la señora no sospecha nada, ni se acuerda de que hoy son sus dias?

JUL. Segun parece, no...

MAR. Mejor, pues asi podremos esperar para felicitarla á que Roberto vuelva de Paris con los regalos de las señoritas. (Se oye llamar en lo interior de la casa.)

JUL. ¡La campanilla de la señorita Blanca! Si llama la señora, haced el favor de acudir, Mariana.—Rosa está en el pueblo. (Váse Julia.)

MAR. Id descuidada.

ESCENA II.

AGUSTIN, MARIANA.

AGUST. Ahora que estamos solos, Mariana, ¿quereis que continuemos nuestra lectura?

MAR. Como quieras.

AGUST. Empezaba á enternecerme cuando han venido á interrumpirme... Veamos... (Hojeando el libro.) ¿Dónde estábamos? ¡Ah! Ya lo he encontrado. (Leyendo.) «Ella era »la que fregaba los platos y los suelos; la que barria el »cuarto de su madre y los de sus hermanas: ella, ella... (Se detiene para enjugar las lágrimas. Se suena con estrépito, y continúa.) »Se acostaba en el desvan sobre un miserable »jergon, mientras que sus hermanas lo hacian en mu- »llidas camas y abrigadas habitaciones...» ¡ah, ah!... (Sollozando fuertemente.)

MAR. (Sonriendo.) ¡Vaya, vaya! consuélate... eso es cuento.

AGUST. (Llorando.) Ya lo sé... pero este cuento me hace pensar

en la señorita Maria, la mayor de nuestras jóvenes amas.

MAR. Cuidado, Agustin... Si la señora te oyese...

AGUST. Casi me alegraria, porque no es justo que la señora Fontenay no quiera á la señorita Maria, al paso que...

MAR. (Suspirando.) ¡Ah! (Bien lo conozco.)

AGUST. Pobre Cenicienta... (Conteniéndose.) ¡Oh! pobre señorita Maria... Casi es el perro de la casa.

MAR. Vaya, vaya, Agustin, tú exageras... no hay la menor relacion entre tu cenicienta y nuestra señorita.

AGUST. Si, si, señora Mariana... y la prueba es que le han puesto ese mote. Cuando pienso en todas las injusticias que... ¡Oh!... no puedo... esto es superior á mis fuerzas... ¡Ah! ¡Ah! (Sollozando. Aparece Claudio, y deja su capa y sombrero.)

ESCENA III.

CLAUDIO, AGUSTIN, MARIANA.

CLAUD. ¿Qué tienes, muchacho?

MAR. ¡Ah! señor Claudio. (Levantándose.)

CLAUD. ¿Por qué lloras?

AGUST. Por lo que estaba leyendo en este libro que me habeis prestado.

MAR. ¿De dónde venis tan de mañana, señor Claudio?

CLAUD. Vengo..... (Un poco turbado.) de dar un paseo por el campo.

MAR. Ahora que me acuerdo, ¿cómo será que la señorita Maria no ha bajado todavia? Ella, que siempre madruga tanto...

CLAUD. (Con viveza.) ¡Oh!... Maria está ya levantada...

MAR. ¿La habeis visto?

CLAUD. (Turbado.) Si... en la huerta.

AGUST. ¿En la huerta? ¡Pues está bueno, ahora que empieza á llover!... ¿Quereis que vaya á buscarla?

MAR. Si, si; vé, hijo mio...

AGUST. ¡Oh! Voy, voy corriendo. (Váse.)

CLAUD. Tal vez no le agradará eso mucho á la señorita Maria.

MAR. ¿Por qué?

CLAUD. Porque cuando está en sus meditaciones, no le gusta que vayan á distraerla.

MAR. Sí, y esas meditaciones concluirán por jugarla una mala pasada. ¡No confia á nadie sus penas! ¡Ah! La envidia es una pícara pasion, y mi pobre María tiene envidia.. sí... porque su hermana está agasajada, acariciada.... ¡Y ella!.... ¡Malditas preferencias!.... Al fin enfermará.

CLAUD. Sí... y todo el mundo lo nota, excepto la señora Fontenay, que estoy seguro ni lo advierte siquiera.

MAR. Yo le pregunto á usted, ¿está en el órden natural de las cosas casar á la hija menor antes que á la de mas edad? Ya se vé, ¿qué habia de suceder? En los bailes, en el teatro, en todas partes la señora dá el lugar preferente á Blanca... Y así no es extraño que esta haya sido la primera en encontrar novio.

CLAUD. Sí, el jóven Jorge de Spare, Vizconde de la Flor, rico y de noble cuna. Le conozco: hemos sido compañeros de colegio.

MAR. Blanca tendrá un excelente marido y una brillante posicion. Y en cuanto á su hermana, ya vereis cómo por deshacerse de ella, se la casa con el primero que se presente. Mirad.... es necesario hablar á la señora.... Ella os respeta y estima. Y ademas, ¿no habeis sido el maestro de las dos niñas?

CLAUD. Sí; huérfano á los diez y ocho años, sin auxilio ni amparo, fuí recogido por el señor de Fontenay, que para no lastimar mi orgullo, tuvo la generosidad de darme el título de preceptor de sus hijas.

MAR. El señor de Fontenay tenia de vos una grande idea; y así es que al morir os dejó encargado el pleito que seguia con ese oso de sobrino que Dios le habia dado.... ese Antonio de Fontenay.

CLAUD. El cual vendrá hoy mismo.

MAR. ¡Hoy!

CLAUD. Sí. La señora quiere hablarle... y confia en arreglarlo todo amistosamente; pero me parece que se equivoca, porque el tal Antonio no conoce en el mundo mas que el dinero...

MAR. ¡Ya se vé! ¡Quinientos mil francos no son de despreciar! Bonito dote para las señoritas.

CLAUD. ¡Oh! Si no tuviese que cumplir ese deber no permaneceria mas tiempo aquí.

MAR. ¿Qué decís?

CLAUD. Digo, querida Mariana; que una vez terminado ese ne-

gocio, me será imposible continuar en esta casa. Partiré, y no volveré á ver quizá á esos dos seres á quienes me habia acostumbrado á querer. ¡Las amo tanto!

MAR. ¿Y á qué marcharse? Cuando ellas se casen... podeis naturalmente...

CLAUD. Hacer un dia con sus hijos lo que... (Con voz enternecida.) ¡Oh! no, no podria... (Reponiéndose.) Soy ya muy viejo.

MAR. ¿Viejo? Si no teneis treinta y cuatro años.

CLAUD. Lo mismo dá... He envejecido mucho de dos años á esta parte.

MAR. (Riendo.) Si, si. ¡Sois un viejo muy respetable! ¡Ay, Dios mio! (Sube hácia el foro.) ¡Está lloviendo y Maria no ha vuelto todavia! Qué imprudencia de niña...

CLAUD. Allí viene.

ESCENA IV.

DICHOS, MARIA, y á poco AGUSTIN. La manteleta y sombrero de Maria están muy mojados. Saca un ramo que coloca en el sofá, ocultándole de Mariana.

MAR. Por fin habeis venido, criatura.

MARIA. No me regañes, Mariana.

MAR. Lo mereceis, porque es no tener juicio... (La abraza.) ¡Dios mio, si todo está chorreando agua! (La quita el sombrero y la manteleta.) Yo creia que habia ido Agustin á buscaros...

MARIA. En efecto, ha ido... (Sonriéndose.) pero...

AGUST. (Presentándose avergonzado.) Con la prisa se me olvidó coger un paraguas.

MAR. Sentaos aqui. (Á Maria.) Cerca de la lumbre. (La hace sentar cerca de la chimenea, y arrodillándose delante de ella.) ¡Ea!... Dejadme abrigar un poco esos piececitos.

AGUST. (Ay de mí! (Llorando.) Son como los de la Cenicienta.) (Dá un suspiro. Se oye llamar en las habitaciones interiores.)

MAR. La señora llama... os dejo! calentaros bien. ¡Voy! Y tú, majadero, ¿qué haces ahí parado? Sígueme.

AGUST. Ya voy.

ESCENA V.

CLAUDIO, MARIA.

CLAUD. ¿Estais bien asi?

MARIA. Muy bien, señor Claudio. Gracias. (Mirándole con cariño.)

CLAUD. ¿Y me direis, señorita discípula, á qué habeis salido con un tiempo tan malo? Mereciais...

MARIA. ¿Á qué?... (Dándole la mano.) Bien lo sabeis...

CLAUD. (Turbado.) ¿Yo?

MARIA. Pues qué, ¿no os he visto yo cuando salí? Ibais siguiéndome por detrás de los árboles, velando por mí... como siempre. (Levantándose.) Cerca estabais cuando, inclinada á orillas del lago donde crecen estas flores silvestres que tanto agradan á mi madre, las cogia con exposicion de mi vida.

CLAUD. Os aseguro...

MARIA. (Con ternura.) Repito que os he visto á dos pasos de mí; sin atreverse á mostrarse ni oponerse á mi capricho, pero dispuesto á salvarme si me hubiese caido... ¿No es asi? (Tendiéndole la mano.)

CLAUD. (Conmovido.) Cierto...

MARIA. ¡Excelente amigo!

CLAUD. Señorita...

MARIA. ¿Por qué no me decis «niña,» como acostumbrais á hacerlo?

CLAUD. Pues bien... (Con ternura.) niña... ¿por qué os exponeis asi? ¿Por qué no me dijisteis que os cogiera yo esas flores?

MARIA. Porque deseaba hacerlo yo misma... ¿No es verdad que son muy bonitas?

CLAUD. ¿Pero os habeis lastimado?

MARIA. No. Un poco me he arañado las manos con las espinas... y me alegro: asi mi ramo tendrá mas precio á los ojos de mamá. Á propósito. (Llamando.) ¡Pedro! ¿ha vuelto Roberto de Paris?

PED. Todavia no, señorita.

MARIA. Mucho tarda. (Dándole el ramo.) Hacedme el favor de llevar estas flores á mi cuarto y ponedlas en agua: tened cuidado que no las vean.

PED. Está bien, señorita. (Váse.)

MARIA. (Á Claudio, con confianza.) ¿Sabeis que he bordado un velo para mamá?

CLAUD. ¡Si!

MARIA. Y luego le colocaré en una bonita caja, hecha expresamente, y que Roberto traerá de Paris. ¡Oh! bien he trabajado, y bastante tiempo me ha ocupado el tal velo.

CLAUD. ¿Y por él y por las flores esperais recibir un abrazo y un beso?...

MARIA. ¡Toma! ¿y qué menos?

CLAUD. Hace un año, dia por dia, que los estais esperando.

MARIA. ¿Yo?... (Reponiéndose de un primer movimiento.) No os entiendo, Claudio; no sé qué quereis decir... (Sale Blanca corriendo.)

BLANCA. ¡Gran noticia, Maria, gran noticia! Jorge llega hoy... dentro de poco.

MARIA. ¿De veras?

CLAUD. Pues entonces, si quereis, mandaré que le preparen su habitacion.

BLANCA. Muy bien, señor Claudio, y muchas gracias. (Claudio saluda y váse.)

ESCENA VI.

MARIA, BLANCA.

BLANCA. ¡Cuánto me alegro de que Jorge llegue á tiempo de felicitar á mamá por sus dias! Con tal que nuestro horrible primo Antonio no se presente en el momento solemne... ¡Qué contraste harian los dos! Antonio con sus maneras bruscas, su estrepitosa risa y sus enormes pies; Jorge con su aire elegante, sus blancas manos y ajustados guantes. ¿Te parece bien mi futuro?

MARIA. Si, muy bien...

BLANCA. Me ama... ¿No es verdad?

MARIA. ¿Lo dudas?

BLANCA. ¡Oh, no! pero me gusta que me lo digas cuando él no me lo puede decir.

MARIA. ¡Cómo no te ha de querer si eres tan buena, tan linda!

BLANCA. ¡Linda! no tanto como tú... ¡Oh, si él te hubiera visto la primera!... Pero tú ¿no piensas en casarte?

MARIA. No.

BLANCA. ¿No te ha llamado nadie la atencion?

MARIA. Jamás.
BLANCA. Sin embargo... ¿Pero quién entra? ¡Pues! ¡Lo que me temia! ¡Nuestro famoso primo!

ESCENA VII.

DICHAS, ANTONIO FONTENAY en traje de rico arrendador borgoñés; maneras vulgares y habla recia.

ANT. ¡Primas, buenos dias! (Sacudiéndose el sombrero.) ¡Mal haya la lluvia! ¡Ya van diez y seis chubascos desde esta mañana! Muchacho... (A Juan, que le sigue.) Lleva la torda á la cuadra. (Juan mira á Blanca.) ¡Cuidado que la trates bien! (Váse Juan.) ¡Es un famoso bicho! Aunque parece una cabra, se echa al coleto doce leguas seguidas sin cansarse. (Levantándose.) ¿Y cómo vá, primitas?
MARIA. (Friamente.) Caballero...
BLANCA. Bien.
ANT. (Despues de un instante.) ¿Sabeis, primas, que estais muy guapas? ¡Sobre todo, Maria!
BLANCA. (¡Qué impolítico!)
ANT. Si, si. (Mirándola.) (Es una guapa muchacha! ¡No lo habia reparado hasta ahora!) Pero ¿qué es esto? ¿Está en la cama la tia todavia?
BLANCA. No, señor; mamá está ya levantada.
ANT. Ha debido oir los pasos de la torda.
BLANCA. Y tambien habrá oido los vuestros.
ANT. ¡Ah, ah, picarona! (Riendo.) ¿Lo decis por mis botas?... ¡Qué quereis, en el campo no podemos gastar vuestros zapatitos de raso!
BLANCA. (¡Qué grosero! Me voy por no verle.) Avisaré á mamá.
ANT. Agradezco el favor. (Váse Blanca por la escalera.)

ESCENA VIII.

MARIA, ANTONIO.

ANT. (Sacando el reloj y mirándolo.) No tengo tiempo que perder si quiero que no me coja la noche. Aqui donde me veis tengo todavia que andar cuatro leguas... ¿Con que la hermanita se casa?
MARIA. Si, señor.

ANT. ¿Con el mismo novio que tenia este invierno? ¡Un elegante que algunas veces encuentro á caballo por esos caminos?

MARIA. (Apoyando.) Jorge de Spare, un jóven muy distinguido.

ANT. Si, si... ya entiendo. (Riendo.) Será mas elegante que yo; pero no tan rico.

MARIA. Ha servido á su patria.

ANT. (Riendo bruscamente.) Quiere decir que no tendrá un cuarto.

MARIA. (Este hombre es insoportable.) (Maria le vuelve la espalda.)

ANT. Y á propósito, prima; tambien estais en edad de casaros. ¿No piensa la mamá en buscaros un marido? (Maria hace un movimiento de impaciencia. Antonio con una alegria brusca.) ¡Ah! ya entiendo, picaruela... ¿sabreis encontrarle sola, eh? (La toca en el brazo y ella se levanta con miedo.) Es necesario escogerle muy rico... porque mirad, la hermosura pasa y los escudos quedan.

MARIA. (¿Si no vendrá mamá?) (Se vá hácia el foro.)

ANT. (Y es muy linda la primita... (Mirando al soslayo á Maria.) Buen garbo... Bonitos ojos... y un pelo... Me peta... Como soy Antonio, que de buena gana...)

MARIA. Por fin... ya llega.

MAD. (Excusándose.) ¿Os he hecho esperar, Antonio?

ANT. ¡Oh! Tia mia, no me he aburrido... La primita no es muy habladora que digamos; pero yo lo he hecho por los dos.

MARIA. ¿Puedo retirarme, mamá? (Con cierta especie de temor.)

MAD. Si. (Secamente.)

ANT. Hasta la vista, prima.

MARIA. ¡Caballero! (Saludando.)

ANT. (Lo dicho... Algo pava... pero muy linda.) (Váse Maria por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

MADAMA FONTENEY, ANTONIO.

MAD. (Sentándose.) Servios... (Se detiene al ver que Antonio se ha echado ya sobre la silla en que estuvo Maria.)

ANT. Ya lo estoy.... Entre parientes estan de mas los cumplidos.

MAD. Os he rogado que vinieseis para...

ANT. (*Interrumpiéndola.*) Confieso que me ha sorprendido vuestra carta, porque como no tenemos costumbre de escribirnos... En fin, ya estoy aqui. Podeis decir cuanto se os antoje.

MAD. La explicacion que vamos á tener, no la he provocado antes, porque esperaba, os lo confieso...

ANT. Que yo diese los primeros pasos. ¿No es eso? ¿Y por qué? Mi causa es buena.

MAD. Si... Pero consultad vuestra conciencia, vuestro corazon...

ANT. ¡Pamplinas!

MAD. ¿No os asustan como á mí las consecuencias que puede traer un pleito entre parientes?

ANT. No hay parientes cuando se trata de negocios. He heredado un millon quinientos mil francos. Vos impugnais el testamento... haceis bien. Yo le defiendo... hago mejor. Asi pues...

MAD. Veo que no nos entendemos.

ANT. Difícil será.

MAD. Prescindo en este instante de quién tiene mas derechos á esos bienes.

ANT. ¿Quién? Yo.

MAD. Quisiera solo haceros comprender lo escandaloso de semejante litigio.

ANT. Si temeis el escándalo, desistid, y asunto concluido.

MAD. Ya lo hubiera hecho, si no se tratase de los intereses de mis hijas.

ANT. Pues siendo asi, siga el pleito.

MAD. No; no, Antonio. Vos no necesitais de ese aumento de fortuna.

ANT. Si tal.

MAD. Vuestros bienes, sin esa herencia, exceden con mucho á los nuestros. Sois rico, muy rico.

ANT. Nunca lo es uno bastante.

MAD. Sois soltero.

ANT. No siempre lo seré... y... la verdad, me enfada ya el verme solo. ¿Quién sabe?... El dia menos pensado encontraré la horma de mi zapato... y entonces tal vez... habrá uno ó dos Antoñitos mas en el mundo. Y yo tambien tendré que mirar por mis hijos. Con que siga el pleito.

MAD. No; aunque no sea mas que por la memoria de aquella que os llamaba hijo suyo: la hermana de vuestro padre.

ANT. Ta, ta, ta. (Deteniéndola.) Perdonad, tia. Si la tomais asi, se acabó... Pero yo soy poco sensible: no conozco mas que el código; y segun él, tengo razon.

MAD. Tal vez con arreglo á derecho; pero no con arreglo á la conciencia.

ANT. Si vuestro abogado no tiene otra cosa que alegar...

MAD. Mirad... (Se levanta.)

ANT. Todo está mirado. Pedis un millon como se pide una fanega de trigo... ¡Me gusta! ¿Por qué no tomais para vos ese consejo? ¡Ya se vé! Eso se dice mejor que se hace, y cuesta mucho ganar el dinero.

MAD. Poned la mano sobre vuestro pecho, y os dirá que haceis una mala accion.

ANT. ¿Por qué?

MAD. Ya sabeis que os aprovechasteis de la ene mistad que en algun tiempo medió entre la hermana y el hermano para haceros mejorar por vuestra tia.

ANT. Todos los sobrinos en mi caso hubieran hecho lo mismo.

MAD. Puede; pero en cuanto á vos, sabemos que para lograr vuestro objeto, abusasteis de la debilidad de la señorita de Fontenay. Esto podria probarse.

ANT. Que se pruebe.

MAD. Ademas, es positivo que los deseos de la testadora eran últimamente los de repartir sus bienes por partes iguales entre mis hijas y vos.

ANT. Yo no estoy obligado á saber eso.

MAD. Y no ignorais que anunció pocos dias antes de morir, y delante de testigos, el propósito que tenia de reformar su testamento en este sentido.

ANT. Pero no lo reformó.

MAD. Porque no tuvo tiempo. Se llamó al escribano, y llegó demasiado tarde.

ANT. No es culpa mia.

MAD. Pero si llegó demasiado tarde para recibir legalmente la declaracion de la moribunda, no es menos cierto que su última voluntad la oyeron otras personas.

ANT. Eso no basta.

MAD. Bastaba, caballero, ó al menos deberia bastar si respetaseis el nombre de la que ya no existe, ó si os respetaseis á vos mismo.

ANT. ¡Tia!

MAD. Se acabó; nada mas tenemos que hablar.

ANT. Pues quedaos con Dios, y lo dicho, dicho: siga el pleito. (Váse.)

ESCENA X.

MADAMA FONTENAY, sola.

MAD. ¡Qué hombre! Todo sentimiento noble y sensible está desterrado de su corazon.—Pues bien, ya que lo quiere, litigaremos; y espero que Dios hará triunfar mi causa.

ESCENA XI.

MADAMA, AGUSTIN, BLANCA, MARIA, CLAUDIO, CRIADOS.

AGUST. Señora, ¿quereis que se sirva el almuerzo?

MAD. Si, traedlo aqui. (Entran Criados y ponen el almuerzo y sillas alrededor del velador. Sale Blanca corriendo, detrás Maria y despues Claudio.)

BLANCA. ¡Mamá, mamá! ¿Se ha ido ya ése grosero de primo?

MAD. ¿Quereis decirme, señorita, á qué viene el correr asi cuando acabais de decirme que estais mala?

BLANCA. Precisamente lo hago para que se me quite la jaqueca.

MAD. (Pasando la mano por las mejillas de Blanca.) ¡Miren qué sofocada estás!

BLANCA. No es nada.

MAD. (Cogiéndola la mano para besarla.) ¡Eres una loca!

BLANCA. ¡Hola, hola! (Desasiéndose.) ¿Me dices cosas desagradables? Pues bien... no te daré un beso... (Esquivándose siempre.) No, señora, no.

MAD. (Riendo.) Mira que te pego.

BLANCA. ¡Cá, si te doleria á tí mas que á mí! (Maria mira á Blanca por detrás con ojos celosos.)

MAD. ¡Vamos, á sentarse!

AGUST. (Dispuesto á servir.) (Esa se hace de rogar, mientras la otra...) (Se pone á limpiar fuertemente los platos. Madama se sienta á la izquierda teniendo á Blanca sobre sus rodillas.)

MAD. ¡Cuidado, Blanca; si estás mala, no debes tomar nada!

BLANCA. ¡Oh, si!... (Con una gravedad burlesca.) cuando se está enfermo no se come... poco. (Maria se acerca, y Claudio la

ofrece un sitio al lado de su madre.)

MAD. Sentaos aqui, Claudio. (Señalándole el sitio que él le ofrecia á Maria. Claudio se sienta á pesar suyo. Maria vá á sentarse al otro lado de su madre, pero le ocupa antes Blanca, y Maria se sienta enfrente.)

CLAUD. (Á Madama, sirviéndola el té.) Señora, si gustais...

MAD. Gracias.

CLAUD. (Sirviéndola.) Señorita Maria, ¿me permitis?...

MARIA. (Distraida.) ¡Bueno!

BLANCA. (Apoyando los codos en las rodillas de su madre.) ¿Qué tal está ese té, mamá?

MAD. Bueno... Pero apártate.

BLANCA. ¿Está dulce?

MAD. Si, muy dulce.

BLANCA. Déjamele probar. (La coge la taza y se la lleva á los labios.)

MAD. Toma otra taza.

BLANCA. No, quiero la tuya; me sabrá mejor. (Bebe.)

MAD. (Riendo y con complacencia.) ¡Siempre has de ser niña! Pero ¡qué mal peinada estás!... (Inclinándose sobre su cabeza y besándola.) ¿No te dá vergüenza de presentarte asi? (Alisa y arregla sus cabellos.) ¿Y los pendientes?

BLANCA. Me incomodan, y no quiero ponérmelos.

MAD. Pues yo quiero que los lleves siempre. Cuando te dé el capricho de ponértelos quizás te lastimarán, y nos aturdirás con tus gritos. Ponte estos. (Se quita sus zarcillos y quiere ponérselos.)

MARIA. ¡Mamá, me habias ofrecido esos pendientes!

BLANCA. ¡Ah, entonces!...

MAD. (Deteniéndola.) ¿Qué importa?... Te compraré otros.

MARIA. (Á media voz.) Si, pero aquellos vendrán de la tienda.

MAD. (Encogiéndose de hombros.) ¿No han venido tambien estos de allí?

MARIA. Sí, pero no es lo mismo.

CLAUD. (Mirando á Maria.) (¡Hé aqui el suplicio de todos los dias! (Queriendo cambiar la conversacion.) Segun parece, señora, ¿no habeis podido conseguir nada de vuestro sobrino?

MAD. Nada absolutamente. (Viendo á Maria que se aleja sofocada por las lágrimas.) ¿Qué es eso, Maria? ¿por qué te levantas de la mesa? ¿Á qué viene ese capricho?

MARIA. Es que no tengo apetito.

MAD. Apuesto á que has tomado algo esta mañana.

MARIA. No, no es eso.

MAD. ¿Á que si?
MARIA. Puedo estar enferma como mi hermana... (Se aleja.)
BLANCA. (Levantándose y corriendo.) ¿Enferma?
MAD. Si estás mala, dílo.
BLANCA. ¿Es verdad que estás mala, hermanita mia?
MARIA. No.
BLANCA. ¡Estás triste! ¿Qué tienes?
MARIA. Nada.
MAD. Déjala. ¡Siempre con ese carácter uraño!... No hay quien le sufra.
BLANCA. No la regañes. ¡Ea, ya la has hecho llorar! Ven, Maria, ven conmigo.
MAD. Blanca, te prohibo que te marches.
BLANCA. Pues yo quiero. (Con un tono terco.)
MAD. La señorita Maria no está contenta mas que cuando nos proporciona alguna incomodidad.
MARIA. Pero... mamá... (Sale Pedro.)
PED. Señora, un hombre que viene de parte de vuestro banquero, pide permiso para hablaros.
MAD. Allá voy. (Váse Pedro.)
CLAUD. (No hay remedio... Es preciso decirla lo que siento, y que esto se acabe.) Señora...
MAD. ¿Qué quereis, Claudio?
CLAUD. Desearia hablaros un rato.
MAD. Permitid que despache primero á ese hombre. Luego volveré... Y vosotras, cuidado con enfadarme otra vez. (Váse.)
BLANCA. Consuélate... Vámonos al jardin.

ESCENA XII.

CLAUDIO, AGUSTIN, despues JORGE. Los criados quitan la mesa, y se van.

AGUST. No puedo mas... ¡Moriria antes de tener edad para ello! (Casi llorando.)
CLAUD. ¿Qué tienes, Agustin?
AGUST. No quiero ver estas cosas por mas tiempo. Estoy exasperado... voy á presentar mi dimision.
CLAUD. Un buen amigo menos seria un disgusto mas para la señorita Maria.
AGUST. ¿De veras?... Mi... señor Claudio, lo que acabo de oiros me hace muy feliz... me quedo. (Sale Pedro y anuncia.)

PED. El señor Vizconde de la Flor. (Se presenta Jorge vestido elegantemente en traje de montar á caballo.)

CLAUD. Que entre.

AGUST. (El futuro esposo de la señorita Blanca. ¡Ah! ¡qué buen mozo, y qué elegante! No haya miedo de que busquen uno asi para la señorita Maria!) Señor Vizconde, voy á anunciar vuestra llegada á la señora... y tambien á al señorita Blanca.

JORGE. Querido Claudio, ¿cómo estás?

CLAUD. Muy bien, señor Vizconde, os agradezco mucho vuestro recuerdo.

JORGE. ¡Os agradezco! (De buen humor.) ¿Pues qué no quieres que nos tuteemos?

CLAUD. ¡Ah, Jorge! (Estrechándole la mano.) ¡Cuán feliz soy en volverte á ver.

JORGE. ¡Ah, si! ¿y Madama Fontenay, y sus hijas?

CLAUD. Buenas todas... La señora está ocupada ahora; pero pronto vendrá.

JORGE. Esperaremos pues.

CLAUD. ¿Y tu padre, lo pasa bien?

JORGE. Bastante bien para un enfermo. Allá le dejo encerrado en su habitacion, frente á frente con sus dolores reumáticos que no quieren abandonarle.

CLAUD. Pero con esta boda se pondrá muy contento.

JORGE. Si: mucho la desea.

CLAUD. Ya no temerá que le arrebate á su hijo alguna duquesa de esos paises que has recorrido.

JORGE. No. Por fin he llegado á buen puerto, y doy fondo en él.

CLAUD. Cualquiera que te oyese, creeria que siempre has naufragado?

JORGE. Casi, casi... He corrido muchas borrascas, y nunca he gozado de calma, querido mio.

CLAUD. ¡Cómo!...

JORGE. ¡Qué quieres!... Hasta ahora no ha sido mi virtud la constancia. Voluble por naturaleza y por cálculo, habia resuelto no amar á ninguna mujer arriba de ocho dias... y sin embargo, las hay que me han tenido en sus redes hasta tres y cuatro meses. Sin querer, me he metido en mil compromisos, y he salido de ellos como he podido. Pero al fin, esa vida cansa, y no hay remedio, es preciso fijarla. Complazco al buen papá... y entrando en el

2

puerto del matrimonio, amarro aqui, mi hasta ahora inconstante barquilla.

CLAUD. Bien hecho. Pero ya llega tu futura suegra.

JORGE. Y tambien mi novia.

ESCENA XIII.

DICHOS, MADAMA FONTENAY, BLANCA.

MAD. Perdonadme, Jorge, estaban hablándome de negocios; pero desde que me avisaron vuestra llegada, no he podo entender una palabra de lo que se trataba. Asi pues, Claudio, id y entendeos con ese hombre.

CLAUD. Voy, señora. (Váse.)

ESCENA XIV.

JORGE, MADAMA FONTENAY, BLANCA.

MAD. Sentaos, Jorge, aqui... á mi lado.

JORGE. Señora, perdonad si la vista de vuestra hermosa hija me impide ser con vos tan atento como debiera... Pero no puedo menos de ponerme á los pies de la que ha de ser mi esposa.

BLANCA. Gracias, Jorge.

MAD. No creais que me ofenda por eso. Lo que deseo es hacer vuestra felicidad, y sobre todo que labreis la suya.

JORGE. Ese será mi mayor anhelo.

BLANCA. ¿Decis verdad?

JORGE. No miento nunca... Y la prueba es que ruego encarecidamente á Madama de Fontenay que nos case cuanto antes.

BLANCA. Tanta prisa...

JORGE. ¡Oh! se comprende muy bien que vos no la tengais... á los diez y ocho años... Pero yo, ya tengo veintiocho.

BLANCA. Tiene razon, mamá.

MAD. ¡Ingrata, estás impaciente por abandonarme!

BLANCA. ¡Oh, no!

MAD. Harás como todas: me dejarás sin considerar que quedo sola.

BLANCA. ¿Sola?... ¿y mi hermana?

MAD. Tu hermana, se casará tambien.

BLANCA. Entonces, no te separarás de nosotros.
JORGE. Convenido.
MAD. Mirad que es una niña muy mimada.
JORGE. (Riendo y á media voz.) Ya lo sé.
BLANCA. (Enfadada.) ¿Qué estás diciendo?
JORGE. Pero tranquilizaos, querida mamá, la mimaré mas que vos.
MAD. Será preciso que seais indulgente, porque tiene algunos defectillos. Es caprichosa... amiga de hacer su gusto... algo coqueta...
BLANCA. Pero mamá...
MAD. Dí que no lo eres.
BLANCA. Si, pero Jorge ya lo habria conocido, y tú no tenias necesidad de decírselo.

ESCENA XIV.

DICHOS, MARIA, despues CLAUDIO y AGUSTIN, en seguida MARIANA.

MARIA. (Viene corriendo y se detiene de repente.) ¡Ah!...
MAD. ¿Qué es eso, Maria?
MARIA. (Turbada.) Perdonad, mamá... y vos caballero... disimuladme... Creia que estaba sola aqui Blanca.
BLANCA. (Levantándose.) (¡Ah, ya adivino! Roberto ha llegado.)
MARIA. Me retiro.
JORGE. (Que se ha levantado.) Por favor, señorita, permitidme antes, que haga conocimiento con la que debe ser bien pronto hermana mia.
MARIA. (Inclinándose) ¡Caballero!...
JORGE. ¡Qué aspecto tan triste tiene! (Sale Claudio.)
MAD. Y bien, Maria... veamos... ¿qué hay? ¿Es algun misterio?
BLANCA. (Viendo salir á Agustin, que trae un cofrecillo.) No, señora; únicamente que hoy es el diez de octubre.
MAD. ¿El diez de octubre?
MARIA. Y que es tu cumpleaños.
MAD. Con efecto.
JORGE. (La besa la mano.) ¡Ah! pues felices, querida madre...
AGUST. (Dando el cofrecito á Maria.) Tomad, señorita.
MARIA. (Bajo á Agustin.) ¿Y el ramo de flores?
AGUST. ¡Oh, se me ha olvidado.., voy corriendo.
BLANCA. (Bajo á Agustin.) ¿Y mi regalo?

AGUST. Roberto le trae... (Maria será la primera.) (Váse.)

MAD. (Á Maria.) ¿Qué ocultas ahí?

MARIA. Mamá, es...

MAD. ¿El qué?...

MARIA. (Le dá el cofrecito.) Esto...

MAD. (Sacando el velo del cofrecito.) ¡Oh!... ¡Es muy bonito!

MARIA. (Muy contenta.) ¿Te gusta?...

MAD. Si; ¿pero tú no le habrás bordado?

MARIA. Si, mamá. Bien me ha visto Blanca.

BLANCA. (En el foro con enfado á Pedro, que la entrega un estuche.) Vosotros sois la causa de que llegue yo la última.

MAD. ¡Es un trabajo primoroso!

MARIA. ¿De veras?...

CLAUD. (¡Pobre niña! ¡Cuán feliz es ahora!)

MAD. Te doy la enhorabuena por esta nueva gracia que has descubierto, porque antes... bien te acordarás... eras bastante torpe y muy perezosa.

MARIA. (Intimidada.) ¡Mamá!...

AGUST. (Acercándose á Maria.) Aqui teneis vuestro ramillete, señorita.

MARIA. (Alegre.) ¡Ah! (Agustin se vá al foro y Maria arregla un poco algunas flores que han perdido su simetria.)

BLANCA. Aqui tienes mi regalo. Mira. (Colocando ante los ojos de su madre el estuche abierto, y dándola un ramillete.)

MAD. ¡Tu retrato!... (Con un grito de alegria.) ¡Oh, es una obra maestra! (Madama Fontenay en su precipitacion para coger el estuche, deja caer el velo de Maria, y esta, que iba á acercarse á su madre, al verlo se detiene.)

BLANCA. Todos tus pintores me sacaban fea, yyo he buscado otros.

MAD. Hija mia, nada podias haberme dado que me cause mas placer.

MARIA. (Volviéndose para ocultar sus lágrimas.) ¡Pobre ramo mio, adquirido á tanta costa!...

AGUST. (¡Y ser yo la causa! (Dándose de puñetazos y llorando.) ¡Toma... tonto!...)

CLAUD. (Á Maria.) Presentad vuestro ramo, señorita.

MARIA. (Tristemente.) ¿Y para qué?... ¡Iria tal vez á juntarse con mi velo!... Mamá no piensa ya en mí.

MAD. No puedo dejar de admirar este retrato.

CLAUD. Os lo ruego. (Bajo á Maria, empujándola hácia su madre. Maria se acerca con timidez, y ofrece sencillamente el ramo que no vé Madama Fontenay.)

BLANCA. (Viéndole la primera.) ¡Ah! mamá... María tiene flores del lago.

MAD. ¡Flores del lago! ¿Y cómo las has adquirido, María?

MARIA. Es que...

CLAUD. (Con tono de reprension.) Las ha cogido ella misma, señora. Sabe que las apreciais mucho, y por complaceros ha expuesto su vida.

MAD. (Tomando el ramo.) ¡Qué locura!... Exponerse asi por unas flores insignificantes... No irás á buscarlas otra vez.. ¿Lo oyes? ¡te lo prohibo! (La besa en la frente.)

MARIA. (Con alegria.) Si, mamá. (Coge para besarla la mano en que Madama Fontenay tiene el retrato de Blanca.)

MAD. ¿No es verdad que está muy bien este retrato?

MARIA. Si, mamá. (Besando la mano sin mirar al retrato.)

MAD. ¡Divino! (Besando el medallon.)

BLANCA. ¡Bueno! ¿y al original?

MAD. (Con amor.) ¡Oh, hija querida!

CLAUD. (Mirando á Maria.) (¡Cuán dichosa la ha hecho esa débil muestra de cariño!)

JORGE. (Esto quiere decir que se prefiere á una de las dos.. ¡Ah, querida suegra, querida suegra... no me gustan las injusticias!... (En este momento, Agustin, que no ha perdido un solo detalle de este escena, deja escapar un ahogado gemido. Salen Pedro y Mariana.)

PED. Señora... en el salon hay ya bastante gente.

MAR. Y todos los del pueblo estan á la puerta de la quinta con sus ramos de flores que desean ofreceros.

BLANCA. Vamos nosotras tambien. (Á Maria, cogiéndola del brazo. Jorge las sigue.)

AGUST. Y nosotros vamos á ponernos de gala.

ESCENA XV.

CLAUDIO, MADAMA FONTENAY.

MAD. ¿Qué queriais decirme hace un instante, Claudio?

CLAUD. Señora... (Muy respetuoso.)

MAD. ¡Hablad!

CLAUD. Pues bien, señora... una sola palabra... ¿Es cierto que los hijos á quienes crian sus mismas madres, son los que ellas mas quieren?

MAD. ¿Á qué viene esa pregunta, Claudio? (Asombrada.)

CLAUD. Es que, señora, vos habeis criado á Blanca, y Mariana ha sido la nodriza de Maria.

MAD. ¿Por ventura creeis que tengo menos cariño á Maria que á su hermana?

CLAUD. Si no temiese disgustaros, (Animándose poco á poco.) me atreveria á deciros que esa preferencia que negais, se trasluce á cada hora, á cada instante.

MAD. ¿Pero qué diferencia hago yo entre mis dos hijas?

CLAUD. Una muy grande, señora.

MAD. ¿Eso es decir que soy una mala madre?

CLAUD. ¡Oh! No; porque os he visto asídua y cons tante á la cabecera del lecho de Maria cuando se hallaba enferma. Pero comprendedme bien, señora... En casa del pobre, la preferencia maternal se manifiesta en cosas materiales: un pedazo de pan... ¿qué sé yo? ¡En la del rico, se revela en un beso, una caricia, una sonrisa, y sin embargo, no se siente menos. Añadid cien mil francos mas al dote de Blanca, y Maria no tendrá por ello, estoy seguro, ni envidia ni disgusto; pero si de noche, como ayer, por ejemplo, Blanca se queda dormida en vuestros brazos, cuando un momento antes habiais rechazado de ellos á su hermana... ¡oh!... entonces Maria triste y desconsolada subirá á su habitacion y llorará sin consuelo.

MAD. (Un poco sobrecogida.) Os confieso, Claudio, que no ha sido jamás mi intencion, ni nunca he reparado.

CLAUD. Os creo; (Vivamente.) ¡pero ella lo ha notado! (Siempre con respeto; pero con calor) Pensad, señora, que Blanca ama ya á otra persona, mientras que Maria no ama á nadie mas que á vos, que sois para ella todo en el mundo; que lo que busca son vuestras miradas, lo que espera, lo que aguarda, es una sonrisa... una dulce palabra vuestra.

MAD. ¿Pero cuándo se las he negado?

CLAUD. Con bastante frecuencia... (Con timidez.)

MAD. Me haceis temblar.

CLAUD. Os lo digo por el interés que me inspirais vos y toda vuestra familia. Temed que esto os atraiga algun disgusto; porque, sabedlo bien, las preferencias maternales suelen causar muchas veces desgracias graves al hijo predilecto.

MAD. ¡Ah, Claudio, lo que acabais de decir es muy cruel... y me ha hecho mucho daño! ¡Darme á entender que á mi Blanca... que á mi hija podria sucederla alguna des-

gracia, que podria perderla!... porque ¡oh, eso, eso es horrible... horrible!

Claud. ¡Señora!

Mad. (Con tono de reconvencion.) Dejadme, me habeis hecho mucho daño, os digo...

ESCENA XVI.

DICHOS, BLANCA.

Blanca. (Corriendo.) Ven, mamá, mira que pierdes lo mas bonito.

Mad. ¡Blanca! (Corre á ella y la abraza.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon que dá tambien al jardin. Al foro un terrado ó azotea con escalera que baja á la escena. Á la derecha un piano.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA, JORGE. Blanca está sentada al piano.

JORGE. No me engaño. (Consigo mismo, mirando al jardin.) Maria es la que está allá abajo... pensativa como siempre!... ¡Ah! si mi futura suegra me conociese, ¡cuán inquieta estaria, y con cuánta razon, á estas horas.

BLANCA. (Dejando de tocar.) ¿Os gusta esta cancion?

JORGE. ¿Que si me agrada? (Volviendo en sí.) Si, si... ¿de quién es?

BLANCA. Es composicion mia.

JORGE. ¡Ah! os doy la enhorabuena.

BLANCA, Sois muy amable... Voy á tocar un vals de Straus. (Toca otra vez.)

JORGE. ¡Si... de Straus! (Volviendo á seguir su primitiva idea.) Y á la verdad que esta idea me domina á pesar mio. Sus lágrimas me aterran... Si se las hacen derramar con frecuencia, por vida mia... que no sé...

BLANCA. ¿Qué mirais?

JORGE. (Cortado.) La... las hojas que caen.

BLANCA. ¡Ah! (Sigue tocando.) Esto es bonito, ¿no es cierto? (Despues de una pausa.)

JORGE. No... yo lo encuentro muy triste.

BLANCA. ¿Que este vals es triste decis? (Tocando.)
JORGE. Perdonad... creia que hablabais de las hojas...
BLANCA. ¡Bueno!... (Parándose de repente.) Veo que hoy no estais para música. (Recoge la música y cierra el piano.)
JORGE. Perdonadme, Maria. (Reponiéndose.) Digo... Blanca.
BLANCA. Y muy distraido... caballero... pues ni aun sabeis con quién hablais... ¿No me reconoceis por ventura? Soy yo... Blanca, vuestra futura!... En cuanto á Maria... (Mirando al jardin.) miradla allá abajo, ¿quereis que la llame?
JORGE. No, señorita... yo...
BLANCA. Asi os hará compañia, porque yo me retiro.
JORGE. Os suplico... (Queriendo detenerla.)
BLANCA. No, no, os dejo para que soñeis con la caida de las hojas. Tal vez cuando no esté á vuestro lado pensareis en mí.
JORGE. ¡Blanca!
BLANCA. Supongo, caballero, que os acordareis al menos de que hoy salimos á caballo Maria y yo, y qué tendreis el honor de acompañarnos?
JORGE. No lo he olvidado.
BLANCA. ¡Oh, es una felicidad! (A Claudio que sale.) ¡Ah, Claudio! ¿habeis vuelto ya de Paris?
CLAUD. Si, señorita...
BLANCA. Bien venido... Os dejo con el caballero Jorge, que parece se fastidia cuando no estais.
JORGE. ¡Maliciosa!
BLANCA. Adios, señor distraido, voy á decírselo á mamá. (Váse por la derecha.)

ESCENA II.

CLAUDIO, JORGE.

CLAUD. (Despues de haber estrechado la mano de Jorge.) ¿Qué es eso? ¿Ya tenemos nublado?
JORGE. No, amigo mio, no... solo que hace poco tuve un momento de tristeza... de distraccion, y Blanca se ha enojado, pero no es nada... Y tú, dime... ¿á qué has ido á Paris y qué has hecho allí en estos ocho dias? Te marchaste como una saeta la noche del dia de la fiesta, y...
CLAUD. Bien puedo decírtelo, porque casi eres de la familia.
JORGE. Ciertamente.
CLAUD. Pues atiende. Recordarás que cuando llegaste, Madama

Fontenay estaba ocupada con un encargado de su banquero... Ese hombre venia á advertirla que circulaban rumores siniestros... rumores de quiebra... sobre la situacion de una gran compañia industrial, en la que tiene comprometida una cantidad importante.

JORGE. ¡Diablo!

CLAUD. No queriendo perder el tiempo, y deseando sin embargo no turbar la fiesta, inventé un pretexto cualquiera, y me puse en camino. Al dia siguiente estaba en Paris, y traté de cerciorarme.

JORGE. (Con ansiedad.) ¿Y qué?

CLAUD. La casualidad hizo que á pocos dias, encontrase en la Bolsa, adonde me conducia el deseo de adquirir noticias, al director de la compañia... y te confieso que su tranquilidad, y sobre todo su alegria, me dieron miedo... Creí de mi deber participar mis presentimientos á la señora, que me respondió que no queria, por simples suposiciones, vender las acciones que estaban despreciadas en estos momentos, y perder asi los favorables resultados de una alza que segun sus cálculos estaba muy próxima.

JORGE. Y puede ser que sea asi, querido Claudio, y que tú te exageres los síntomas del mal. Rara vez pones los pies en ese infierno de que sales, y tal vez se te habrá trastornado la cabeza.

CLAUD. Será posible, y me alegraré mucho de ello. Y aqui, ¿ha sucedido algo nuevo desde mi marcha?

JORGE. (Con tristeza.) ¡No, nada!

CLAUD. (Sorprendido.) ¡Con qué tono me lo dices! ¿Parece que estás menos alegre que cuando te dejé?

JORGE. ¡Yo!... Te engañas.

CLAUD. (Riendo.) No, no, tus miradas son hoy menos vivas... tu semblante mas...

JORGE. (Esforzándose á reir.) ¡Já, já, já! ¡Pobre Claudio, el pánico te persigue segun parece! Antes te inquietaba la alegria del director de la sociedad, y ahora es la tristeza lo que crees ver en mis ojos.

CLAUD. Sea asi, pero...

MAR. (Saliendo.) Señor Claudio, la señora ha sabido que estais de vuelta, y tiene muchos deseos de veros.

CLAUD. ¡Ah!... es natural.

JORGE. Sin duda alguna... Anda pronto, y en la situacion en

que te encuentras, (Riendo.) procura no asustarla mucho...

CLAUD. Hasta luego. (Váse por la derecha. Mariana vá á salir por el foro.)

ESCENA III.

MARIANA, JORGE.

JORGE. (Deteniéndola.) Mariana...

MAR. ¿Me llamais?

JORGE. (Turbado.) Si .. si... queria preguntaros, rogaros...

MAR. Estoy á vuestras órdenes, señor Vizconde.

JORGE. (Habiendo encontrado un pretexto.) ¿No habria medio de impedir que ese maldito gallo cantase tan temprano? Se le oye desde aqui.

MAR. ¡Toma, uno habria!...

JORGE. ¿Cuál?

MAR. (Con tristeza.) Cortarle el pescuezo.

JORGE. ¡Oh, Dios mio, nada de muertes!

MAR. (Riendo.) Os doy gracias por él, y tambien por la señorita Maria.

JORGE. (Con interés.) ¿Por Maria?

MAR. Si, señor; es su favorito.

JORGE. ¡Ah!

MAR. Quiere á todos los bichos del corral, porque no le gusta causar celos.

JORGE. (Con intencion.) ¿Qué quereis decir, Mariana?

MAR. (Reponiéndose.) Nada, señor, sino que ella distribuye con igualdad entre todos las migajas de pan y los granos de trigo. ¡Pobre niña! ¡Si vierais lo que padece cuando no encuentra completo el número de sus polluelos!

JORGE. Es muy sensible y muy cariñosa, ¿no es verdad?

NAR. ¡Demasiado, y algunas veces siento haberla criado!

JORGE. ¿Por qué?

MAR. Será una tontuna, un cuento de vieja, pero ¿qué quereis? Yo tuve muchos disgustos en otro tiempo... Mi marido murió en el momento en que yo iba á ser madre, y mis lágrimas corrieron con abundancia antes de dar el pecho á Maria. Asi es que, cuando la veo llorar con tanta frecuencia, me pregunto á mí misma si serian lágrimas en lugar de leche lo que ella mamó.

JORGE. ¡Buena Mariana!...

MAR. Pero quizá os molestaré, señorito. ¿Quereis que me vaya?

JORGE. No, no, quedaos; tengo mucho gusto en hablar con vos.

MAR. ¡Ah! bien quisiera yo verla tan alegre y gozosa como á su hermana la señorita Blanca.

JORGE. Ya lo lograreis, Mariana; en nuestra compañia recobrará su alegria.

MAR. Si, cuando seais hermano suyo la hareis dichosa, ¿no es eso? Esa pobre niña necesita mucho cariño.

JORGE. Os aseguro, Mariana, que la quiero ya tanto como á su hermana.

MAR. Gracias, señorito Jorge, gracias. ¡Me causais mucha alegria! Si, tengo esperanzas de que será asi, porque mirad... (Con confianza.) Hace ocho dias, desde la fiesta del cumpleaños de la señora, está mas razonable.

JORGE. ¿De veras?

MAR. Si, señor. ¿Y sabeis la causa?

JORGE. Quizá.

MAR. ¡Ah! ¿tambien lo habeis notado? Pues bien, proviene de que la señora, de que su madre...

JORGE. (Viendo venir á Maria.) Si, ya lo sé; pero callaos, que está aqui Maria.

ESCENA IV.

MARIANA, MARIA, JORGE.

JORGE. Buenos dias, hermana.

MARIA. Buenos dias, Jorge.

MAR. Hablabamos de vos, señorita, y el señor Vizconde me decia que siempre os amaria mucho. (Maria tiende la mano á Jorge.) Repetídselo vos mismo, porque tal vez no me crea: esta señorita no cree nunca que se la quiere.

JORGE. ¡Oh, yo se lo haré conocer!

MAR. Os dejo, porque con la conversacion he olvidado al señor Claudio, y debe tener ganas de almorzar. (Váse.)

ESCENA V.

MARIA, JORGE.

JORGE. Vuestra nodriza me aseguraba hace un instante, que de ocho dias á esta parte estais mas contenta y sois mas mas dichosa que antes: ¿es verdad, Maria?

MARIA. No sé lo que habrá querido decir Mariana con eso.

JORGE. ¿No quereis fiaros de mí, Maria? (Con ternura.) ¿No me creeis digno de ser el confidente de vuestros secretos, de vuestras penas?

MARIA. (Un poco conmovida.) Pero, Jorge, si yo no tengo ningunas.

JORGE. Decid al menos que no quereis confiármelas. Vaya, (Obligándola.) Maria, mi buena hermanita... si no quereis participarme vuestros anteriores disgustos, decidme al menos vuestra alegria de hoy.

MARIA. ¡Jorge!

JORGE. ¿Rehusais decirme lo que os hace dichosa? Pues bien yo os lo voy á decir, porque lo he adivinado. Desde hace ocho dias, despues del suceso de las flores silvestres, que marchitas y ajadas recogisteis cuidadosamente y conservais como un sagrado recuerdo, desde ese dia sois mas feliz, porque durante toda aquella noche estuvisteis al lado de vuestra madre, como Blanca; porque fuisteis festejada y acariciada como ella; porque su mano permaneció constantemente entre las vuestras, y porque cuando os miraba pudisteis leer en sus ojos la misma ternura que siempre brilla en ellos cuando se dirigen á Blanca. ¿No es verdad? Decidme, ¿no es cierto?

MARIA. (Que ha cogido con avidez cada uno de los recuerdos enumerados por Jorge y abandonándose por completo.) ¡Ah, sí... sí... y no es eso todo! Mamá permaneció con nosotras en el parque hasta media noche, y á esa hora, como Blanca bailaba con la gente del pueblo, quedé yo sola con ella. Marchabamos por una alameda solitaria y sombria. (Con una vehemente alegria.) Su brazo rodeaba mi cuello... sus labios abrasaban mi frente, y me decia, hija mia, con una voz tan dulce y cariñosa, que yo creí dejar de existir. (Enjugando una lágrima de Jorge y casi sonriendo.) ¡Ah,

vos lo habeis querido! No es mia la culpa.

JORGE. Continuad, continuad. (Con ternura.)

MARIA. Yo tenia ya en mi vida un recuerdo como ese... pero menos dulce, sin embargo. Era cuando estuve enferma. Muchas veces por la noche veia como una sombra que se inclinaba hácia mí... sentia un beso que se imprimia en mis labios y una lágrima que se deslizaba por mis mejillas. (Con alegria.) ¡Oh, en esos momentos no sentia mis dolores; no sufria nada! (Con tristeza.) Cuando me restablecí, la sombra desapareció... y no la habia vuelto á ver mas... pero la otra noche... (Con alegria.) ¡oh, era ella, la habia encontrado otra vez! (Con súplica.) ¡Haced, Dios mio, que no la vuelva á perder!

JORGE. ¿Y bien? Despues...

MARIA. ¡Ah! ¿Despues? (Sonriendo con tristeza.) Cesó el baile.

JORGE. Ya entiendo.

MARIA. ¡Oh, soy una loca! No he debido deciros nada; pero no he tenido fuerzas para callarme. ¡Ah! ¿Pero no repetireis nunca lo que acabo de deciros, no?

JORGE. ¡Oh, no, jamás! (Dichoso.) Vuestros secretos, Maria, permanecerán encerrados en el corazon de vuestro hermano: os lo aseguro.

ESCENA VI.

DICHOS, BLANCA, despues MADAMA FONTENAY.

BLANCA. (Corriendo y en traje de amazona.) ¡Maria, Maria! ¿Pero en qué estás pensando? ¿No te vistes? ¿Y vos, Jorge? Bien sabia yo que olvidariais nuestro paseo.

JORGE. Dentro de un minuto estoy á vuestras órdenes, señora Vizcondesa. (Saludando.)

BLANCA. ¡Oh! Todavia no, señor Vizconde; y si continuais siendo tan perverso como esta mañana, ha dicho mamá que os negará mi mano.

JORGE. Entre tando... (La besa la mano y vá á salir. Se presenta Madama Fontenay.)

BLANCA. ¿Ves, mamá? Jorge todavia no está dispuesto, ni Maria tampoco, y...

MAD. Yo me alegraria que no lo estuviesen jamás. Voy á estar inquieta.

BLANCA. ¡Bah! no temas nada; con un ginete como el Vizconde...

Ademas, ¿no somos discípulas de Pablo Lalanne?

MAD. Si; pero para mí es igual.

JORGE. ¿Me permitis, señora, que os pida noticias sobre el negocio que ha obligado á Claudio á marchar á Paris? ¿No habeis resuelto nada?

MAD. ¿Y qué quereis que decida? Mi banquero y Claudio estan locos sin duda alguna. Quieren que de buena voluntad, y solo por sospechas, pierda cerca de ochenta mil francos.

MARIA. (Tímidamente.) Pero mamá, ¿y si se pierde todo despues?

MAD. ¿Eh?

MARIA. Estaba allí cuando hablabais con Claudio, y...

MAD. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bueno, bueno! Hé aqui á Maria que vá á jugar ahora á la bolsa.

BLANCA. Vaya, vete á vestir, y mientras tanto hablarás de especulaciones. Voy á ayudarte para que concluyas pronto.

AGUST. (Saliendo.) Monsieur Antonio Fontenay pregunta si la señora puede dispensarle el honor de recibirle.

BLANCA. ¡Calla! ¿otra vez?

MAD. ¿Qué me querrá?

AGUST. No lo sé, señora; solo puedo deciros que está muy bien vestido.

MAD. Hacedle entrar.

BLANCA. (Mirando hácia el foro.) ¡Ah, Dios mio! y es verdad. ¡Qué variacion! Mira, mamá, está refulgente como un sol.

AGUST. (Anunciando.) Monsieur Antonio Fontenay. (Sale Antonio de grande etiqueta, saluda á todo el mundo, y parece muy embarazado con sus nuevos vestidos. Jorge despues de haberle devuelto el saludo, váse por el foro, y Maria y Blanca por la derecha hácia las habitaciones.)

ESCENA VII.

ANTONIO, MADAMA FONTENAY, sentándose en el sofá y mirando á Antonio, que permanece en pié.

MAD. (Con sorpresa.) ¿No os sentais?

ANT. No, tia mia. Yo sé muy bien lo que os debo... para...

MAD. (Ap.) ¡Dios mio! ¡tenia razon Blanca... es una transformacion completa!

ANT. (Cada vez mas embarazado consigo mismo.) Os sorprenderá

sin duda volverme á ver... ¿no es cierto, tia mia?

MAD. En efecto, os lo aseguro.

ANT. Pues os diré... Pero no quisiera molestaros .. ¿ibais á comer?

MAD. No... Antonio, todavia es temprano.

ANT. ¡Ah! tia mia, perdonadme... ya sabeis que nosotros los campesinos, regularmente lo hacemos á las dos. Pero, es igual... en fin... porque... si os incomodase ahora, podria volver!

MAD. Os digo que no me molestais... ¿quereis explicaros?

ANT. Á eso voy, á eso voy. El caso es, tia mia, que cuando os dejé el otro dia... me fuí andando asi, despacito... al paso de la *torda*... poco á poco... ¡qué diablo! Larga era la jornada que tenia que andar para llegar á la granja, y sin embargo... yo no sé por qué, no me daba mucha prisa. La torda se paraba de cuando en cuando para decir dos palabras á los rastrojos que encontraba al paso, y engullirse bonitamente la nueva yerba qne brotaba aqui y allá... y yo la dejaba hacer... porque yo reflexionaba mucho sobre la conversacion que ácababamos de tener... Me decia aqui para mis adentros... que tal vez podriais tener razon, y que yo, tal vez... no tuviese tanta culpa, pero que sin embargo... no era bastante razon para que entre parientes... en fin... tenia casi un sentimiento por lo que os habia dicho.

MAD. Siempre hay mérito en reconocer...

ANT. (Vivamente y sentándose.) Distingamos, tia, no es esto decir que yo dude de los derechos que me asisten... y que en caso de que no os agrade lo que vengo á proponeros, esté dispuesto á renunciar á... No, no es eso.

MAD. Está bien, Antonio. Yo no trato de convertiros.

ANT. ¿Cómo es eso? Ya sabeis que yo no soy hereje... pero...

MAD. (Con un imperceptible movimiento de espalda.) Quereis tener la bondad de que lleguemos al objeto de vuestra visita?

ANT. Perdonad, tia... Pero ya lo sabeis, lo he dejado á vuestro arbitrio, (Turbado.) y si teneis que hacer... yo podria...

MAD. (Con impaciencia.) Pero Antonio... ya he dicho y os lo repito que nada tengo que hacer mas que escucharos... ahora es necesario que yo entienda lo que quereis decirme.

ANT. Pues bien, tia, no andaré con rodeos, porque despues de todo, y como dice aquel refran... os diré, pues, que

vuestras palabras me hicieron impresion, y que al separarme de vos, no me reconocia, teniendo casi vehementes ganas de darme de cachetes por las ideas tan ruines que habia dejado escapar delante de vos.

Mad. No las recuerdo.

Ant. Y yo me decia á mí mismo, mientras la *torda* pacia á su sabor. «Eres un avaricioso, Antonio, un tragon ; para nada necesitas ese millon, supuesto que tienes la mejor fortuna que hay en veinte leguas á la redonda! Posees tres granjas magníficas y cuatro molinos que no pueden moler todo el trigo que producen tus tierras. Tienes ademas de eso... muy buenas acciones que te producen grandes intereses en las minas de hierro y carbon de Morvan, y ademas...»

Mad. (Con impacieneia.) Ya sé que sois muy rico...

Ant. Si, tia, muy rico; y tanto mas, que no tengo que cuidar de nadie mas que de mí: ¿no es eso? Porque en fin, yo no tengo familia (Con intencion cada vez mas marcada.) ni pariente fuera de vos, á quien estimo y amo mucho, entendedlo bien; pero quiero decir que no tengo mujer ni hijos. ¿Y á quién vendria á parar toda esta fortuna despues que yo me muera? ¿Al Estado? No me parece conveniente... ¿no es verdad? mientras que...

Mad. (No pudiendo contenerse mas.) Acabad, Antonio, acabad, os lo suplico.

Ant. (Decidiéndose.) Pues bien, tia. (Se detiene.) ¡Oh! Pero... os pido que tengais todavia un poco de paciencia. Al instante vais á saber el arreglo que os propongo para terminar nuestras diferencias. Solo... solo... ¡qué diantre! colocaos en mi lugar... Es un poco difícil decirlo; pero... (Como herido de una idea.) ¡Ah... esperad, esperad, tia mia! En el Morvan, en la primera visita que hace un soltero con pretensiones, en casa de la que ha elegido, mira con mucha atencion todo lo que pasa á su llegada. Si se remueven los leños del fuego, es un mal agüero, y si á su marcha se traza alguna cruz en las cenizas, es que está despedido. Pero si agrada, y queda admitido, ¡ah! entonces se dispone una comida...

Mad. ¿Y bien?

Ant. Que yo seria muy feliz, querida tia, si en cualquier dia de estos me convidáseis á comer.

Mad. ¿Yo? ¡Está bueno! ¿Por ventura me pedis mi mano,

Antonio?

ANT. ¡Ah, tia! yo sé demasiado lo que os debo... Á quien yo amo es á mi prima Maria, y vengo á pediros me la deis por mujer.

MAD. (Sorprendida se levanta.) Os aseguro, Antonio, que estaba muy lejos de esperar...

ANT. Qué quereis, tia... Ya os lo he dicho. Estoy cansado de la vida de soltero. Y ademas, el otro dia, cuando volví á ver á Maria tan guapa y tan linda, me acordé al momento de cuando tenia doce años... y se dormia algunas veces sobre mis rodillas... allá por la noche... los dias que iba á comer á la granja. Fuí pensando en ella todo el camino. Y despues, ¡qué diablo! despues he venido por tarde y mañana á rondar el parque por ver si conseguia atisbarla por entre las enramadas. Y cuando la he visto... no ha sido en los pasados tiempos en lo que soñaba, sino en el porvenir... y os lo repito, vengo á suplicaros me la concedais por esposa.

MAD. (Con dulzura.) Vuestra pretension, Antonio, no me desgrada... antes por el contrario..... Sois un hombre honrado...

ANT. ¡Oh! Si... un poco amigo del dinero tal vez; pero con María... ¡oh! no seré ni económico ni avaro.

MAD. Sois jóven todavia.

ANT. Treinta y ocho años cumpliré por la recoleccion de las castañas.

MAD. Estais un poco...

ANT. Ya entiendo. Un poco sin cepillar, ¿no es eso? pero mi mujer se encargará de pulimentarme.

MAD. En fin, os confieso que veria con placer un casamiento que pondria feliz término á nuestras diferencias, como deciais hace un instante.

ANT. ¡Está claro! ¡Y qué diantre! El dinero, como suele decirse, no saldria de la familia.

MAD. Pero sin embargo, es necesario que Maria consienta.

ANT. ¡Oh, consentirá si vos quereis!

MAD. Hablaré bien de vos, y mañana...

ANT. ¡Ah, querida tia, si quisieseis hacerlo en seguida, mientras me dura el valor y estoy asi bien vestido!

MAD. (Riendo.) ¡Ah, señor Antonio, sois muy ejecutivo! Toca la campanilla.)

ANT. No, tia, es que estoy muy oprimido ...

MAD. (Al Criado que sale.) Decid á la señorita Maria que quiero hablarla al momento.

ANT. Gracias, tia, gracias.

MAD. Retiraos por unos instantes.

ANT. Voy á dar una vuelta por el jardin.

MAD. Dentro de un rato os llamaré.

ANT. Sed elocuente, y procurad que mi primita no haga cruces en la ceniza. ¡Ella viene; me escurro! (Váse hácia el foro y viene Maria.)

ESCENA VIII.

MADAMA FONTENAY, MARIA, con traje de amazona, ANTONIO en el foro.

MARIA. ¿Me has llamado, mamá?

MAD. Si.

MARIA. Pues aqui estoy.

MAD. (Algo turbada.) Escucha, veamos cómo te has vestido.

MARIA. (Volviéndose.) Mírame.

MAD. ¡Pero te has puesto el sombrero muy alto!

MARIA. (Contenta.) Arréglamele bien.

MAD. ¿Qué látigo llevas?

MARIA. El que tengo, mamá.

MAD. Pero este es muy feo. Pide el mio á Agustin.

MARIA. ¿Me le prestas?

MAD. No, te le regalo.

MARIA. (Besa la mano á su madre.) ¡Ah, gracias!

MAD. (Siempre cortada.) Ime, Maria, te vá á sorprender sin duda alguna la proposicion que voy á dirigirte asi tan de improviso.

MARIA. Yo, mamá...

MAD. (Esforzándose á reir.) Vas á encontrarla un poco precipitada... hecha asi á la carrera... pero el traje que vistes en este momento quizá haga menos severa á la señorita de Fontenay.

MARIA. (Algo turbada, pero sonriéndose.) No te entiendo, mamá.

MAD. Hubiera querido aplazarlo, pero me han puesto, como quien dice, (Riendo.) el cuchillo á la garganta; y como en todo caso tu voluntad ha de ser respetada.

MARIA. Pero, mamá, ¡me haces temblar!

MAD. (Abrazándola y besándola.) ¡Hija mia!

MARIA. (Con alegria.) ¡Ah, ya estoy tranquila!

MAD. María, ¿no has pensado todavia en casarte?
MARIA. No, mamá, nunca.
MAD. ¿Y si se presentase para tí un partido ventajoso?
MARIA. ¡Ah, ya me vuelve el miedo!
MAD. (Con calma.) ¡Vaya, no hagas niñerias, y escúchame! Te repito que siempre serás libre.
MARIA. Si, pero sin embargo, al dec rme eso, tu mirada ya no es la misma.
MAD. ¡Ea, no seas loca! ¿Quieres dejarme hablar?
MARIA. (Temblando.) Si, mamá.
MAD. Pues bien; si se presentase para tí un partido ventajoso, ¿le rehusarias?
MARIA. ¿Pero para qué separarme de tí?
MAD. ¿Y quién te habla de eso?
MARIA. (Rodeándola con sus brazos.) Es que no quiero abandonarte.
MAD. Pero un dia ú otro tendrá que suceder eso. ¡Ya ves, tu hermana se vá á casar!
MARIA. ¡Oh, eso es diferente! Ella ama á alguno, y yo no amo á nadie mas que á tí!
MAD. (Un poco mas secamente.) ¡Eso no es mas que palabreria! Tu marido no te prohibiria que me amases.
MARIA. Pero á ese marido, supuesto que no amo á nadie, no le quiero tampoco.
MAD. Bien; ¿y quién te dice que no podrias quererle algun dia cuando le conozcas?
MARIA. (Con espanto.) ¡Es que no quiero conocerle! ¡Mamá, no quiero dejarte!
MAD. (Con frialdad.) ¿Ni siquiera me permites que le nombre?
MARIA. (Temblando.) Si tú lo quieres...
MAD. ¡Vaya, vaya! no tiembles; te lo ruego: eso es ridículo.
MARIA. No tiemblo, mamá.
MAD. No es un viejo el que te propongo; es un hombre cuya edad irá bien con la tuya; y en su clase es tan bueno como Jorge.
MARIA. ¡Ah, Dios mio!
MAD. ¿Qué?
MARIA. ¿Es mi primo Antonio?
MAD. Si.
MARIA. ¡Oh, mamá, mamá!... ¡Te pido por Dios!...
MAD. ¿Pero qué es eso? ¿Qué tiene de horrible?
MARIA. ¡Oh, yo no sé... pero no le amo... ni podré amarle jamás...

MAD. (Todavia con mas frialdad.) ¡Está bien! Maria... está bien; tranquilizaos, os lo ruego.

MARIA. ¡Oh! veo que me tratas ahora con seriedad... y la causa es ese Antonio.

MAD. Porque me parece que os habeis dado mucha prisa á desecharle.

MARIA. (Con timidez.) Y yo creo que tú te has apresurado mucho á ofrecérmele.

MAD. ¿Qué es eso, Maria... tratas de darme lecciones?

MARIA. (Ap.) No es asi como se concertó el casamiento de Blanca.

MAD. Yo creia á Antonio capaz de hacerte dichosa; tú piensas de otro modo; está bien. Con este casamiento se terminaba el pleito por el que Blanca y tú perdereis indudablemente un millon; no quieres que se concluya con tanta ventaja para las dos, no hablemos mas del asunto. (Á Antonio que se presenta.) Antonio, accediendo á vuestros deseos he hablado á Maria, pero tengo que daros una mala noticia. (Riendo á viva fuerza.) Estamos en el *Morvan* y Maria ha hecho la cruz en la ceniza.

ANT. ¡Cómo... prima mia!

MARIA. (En voz baja.) Caballero... no quiero casarme. (Corriendo á su madre, que se vá hácia el foro.) ¡Mamá, mamá! ¿No me quieres ya?

MAD. (Friamente y desasiéndose de ella.) Si, niña mia. Si... (Viendo á Claudio.) Mira... ya vienen á buscarte. ¿No es eso, Claudio?

CLAUD. Si, señora. Jorge y la señorita Blanca me siguen. (Jorge y Blanca salen por la derecha. Agustin aparece por el foro en traje de groom.)

ESCENA IX.

AGUSTIN, MADAMA FONTENAY, JORGE, MARIA, CLAUDIO, AGUSTIN al foro.

AGUST. Señor Vizconde, los caballos estan dispuestos.

JORGE. Está bien. (Á Madama Fontenay.) Señora, cuando gusteis dar la señal de marcha.

MAD. De muy buena gana no la daria, porque os lo repito, durante esos malditos paseos no estoy con sosiego.

BLANCA. ¡Qué miedosa eres! De buena gana montaria el caballo

de Jorge.

MAD. ¿Estás loca?

BLANCA. (Burlándose.) Porque el que me han dado, acabo de probarle y se duerme de pié...

MAD. (Tranquila.) ¿De veras?

BLANCA. (Ap. y haciendo sonar el látigo.) Si, pero yo sabré despertarle.

MARIA. (Bajo á Claudio.) Quieren casarme con... Antonio.

JORGE. (Que ha oido.) ¡Eh!

CLAUD. (Bajo.) ¡Cómo!

MARIA. (Id.) ¡Oh, me protegereis! ¿No es verdad, Claudio?

CLAUD. (Id.) Si.

JORGE. (Ap.) Y yo tambien.

ANT. (En voz baja á Maria y con tono quejoso.) ¿Es vuestra resolucion definitiva, prima?

MARIA. Si, señor; mi última palabra.

ANT. (Id.) Ya os pesará.

BLANCA. ¡Vamos, vamos! Ven, Maria.

MAD. (Á Agustin.) ¿Estan bien ensillados los caballos, Agustin?

AGUST. ¡Oh! si, señora. Estan bien cinchados... perfectamente; no quisiera yo estar en su lugar.

MAD. Voy á veros partir.

BLANCA. (Coge el brazo de su madre.) Bueno.

MAD. (Besándola.) Cuidado con cometer alguna imprudencia. (A Jorge.) Velareis por ella, ¿no es cierto?

JORGE. (Con intencion.) Por las dos, señora. (Ofrece su brazo á Maria.)

MAD. ¡Gracias! (Saludan á Antonio, y bajan todos por la escalera del terrado, desapareciendo poco á poco. Antonio y Claudio quedan solos.)

ESCENA X.

ANTONIO, CLAUDIO.

ANT. (Consigo mismo y con un tono casi brutal.) ¡Vaya la orgullosa! «Si, señor; mi última palabra...» Veremos si será tambien la última de su madre. Mi tia desea agarrar su millon. (Con codicia.) Es decir, mi millon. ¡Un millon! ¡Este es el enredo! Y á la verdad, que soy muy animal en pagar tan caro esos hermosos ojos, y... Si... pero es el caso... que esos dos hermosos ojos los veo sin cesar

hace cinco dias... Yo no duermo, no bebo, no como... (Despues de una pausa.) Y pregunto yo. ¿Por qué me desprecia? No soy tan feo, ni tan... ¡soy un mozo regular! Aqui hay algo... y yo lo sabré.

CLAUD. (Consigo mismo.) Ya estan muy lejos, y la señora les sigue todavia con la vista. (Volviéndose.) ¡Ah! todavia está aqui el señor Antonio...

ANT. ¡Ya tengo un proyecto! Decidme, señor Claudio, mientras mi criado vuelve con el cabriolé, que ha ido al pueblo á hacer un encargo, ¿quisierais que hablasemos un rato?

CLAUD. (Secamente.) Estoy á vuestras órdenes.

ANT. Pero os confieso que el camino me ha dado sed, y desearia probar el vino de mi tia.

CLAUD. Voy á mandar que os sirvan. (Toca.)

ANT. (Ap.) El vino le hará charlar.

CLAUD. (Al criado.) Traed unos bizcochos, y...

ANT. Una botella de Pomard, amigo mio, yo no bebo de otro. (Con aire bonachon. El criado sale y á poco vuelve trayendo lo que se ha pedido. Se sientan á la mesa.) Á fé mia, señor Claudio, que hace un momento confiaba llegasemos á ser buenos amigos... sin necesidad de autos ni de pleitos; pero parece que no hay medio. (Echando de beber.) ¿Supongo que aunque no haya sucedido, no rehusareis brindar conmigo?

CLAUD. Perdonad; pero no bebo vino jamás.

ANT. (Contrariado.) ¡Ah! Como gusteis... Pero si no se os conociera...

CLAUD. ¿Qué?

ANT. Que podrian aplicaros aquel refrancillo: «Todos los pícaros son bebedores de agua, y lo prueba el diluvio.» (Bebe.) ¡Á vuestra salud!

CLAUD. Creia haber entendido que queriais hablar conmigo.

ANT. (Riendo.) Pues qué, ¿no estamos haciéndolo?

CLAUD. Pero...

ANT. Hace mucho tiempo que estais en casa de mi tio, ¿no es eso, señor Claudio?

CLAUD. Hace ya catorce años.

ANT. ¡Un buen arrendamiento! Por lo que veo casi sois á estas fechas mas pariente de mi tia y de mis primas que yo mismo.

CLAUD. En efecto, me tratan ya como si tuviese el honor de ser

de la familia.

ANT. Entiendo... quiere decir, que habrá pocos ó ningun secreto para vos. (*Despues de haberse servido y ofreciéndole de nuevo.*) ¿Decididamente no quereis?

CLAUD. (*Rehusando.*) Os doy de nuevo las gracias.

ANT. (*Alegremente.*) Debeis haber recibido con frecuencia algunas confianzas de vuestras jóvenes discípulas.

CLAUD. Verdad es, caballero. Jamás han tenido nada secreto para mí, (*Apoyando.*) sobre todo, la señorita Maria.

ANT. (*Con un movimiento de satisfaccion.*) Sobre todo, Maria... ¡Ah! Pues bien, decidme, (*Bebiendo.*) ¡á la vuestra! Decidme, y bien podeis confiármelo á mí... á un primo: ¿quiere á alguno Maria, eh?

CLAUD. No, señor, Maria no ama á nadie.

ANT. ¡Ah! Sin embargo de eso... como las jóvenes no suelen decir mas que lo que las conviene...

CLAUD. Maria no es de ese número.

ANT. (*Con disimulo.*) Como vos no estais siempre detrás de ella, y las muchachas son tambien traviesas...

CLAUD. (*Levantándose.*) Caballero, estais ofendiendo á la señorita Maria.

ANT. ¿Yo? ¿Y por qué? ¿Qué tendria de particular que ella hubiese distinguido á alguno... á algun jóven como el Vizconde Jorge de Spare, por ejemplo.

CLAUD. Si fuese asi, Maria, se lo hubiese dicho á su madre, y esta señora no hubiera necesitado apoyar vuestra pretension, como hace poco acaba de hacerlo.

ANT. (*Sorprendido.*) ¡Ah! ¿Con que ya lo sabeis? En efecto, veo que no hay secretos para vos. (*Levantándose.*) Y es la primita la que os ha puesto al corriente de todo, ¿eh?

CLAUD. Tal vez. (*Con frialdad.*)

ANT. ¡Cómo! (*Conteniéndose.*) De modo, que la molestia que mi tia se ha tomado hace poco para apoyar mis pretensiones, segun decis, no probaria nada todavia, porque podria suceder que la primita haya escogido un marido; pero que su madre quiera darla otro.

CLAUD. No creeré jamás que la señora de Fontenay quiera sacrificar á su hija.

ANT. (*Brutalmente.*) ¿Sacrificarla? ¿Qué quereis decir con eso, señor mio?

CLAUD. Nada mas que lo que he dicho, caballero.

ANT. ¡Pero á vuestra vez me estais ofendiendo! ¿Sabeis que

he sido soldado?

CLAUD. ¿Y qué?

ANT. Veo que teneis muchos humos, señor profesor. (Madama Fontenay aparece en el foro y á poco se presenta Mariana por la izquierda.)

ESCENA XI.

MADAMA FONTENAY, CLAUDIO, ANTONIO.

MAD. Amigo Claudio, desde el terrado he distinguido un hombre en el parque, que me parece buscaba el camino de esta quinta. ¿Quereis ir á ver qué se le ofrece?

CLAUD. Si, señora. (Saludándole.) ¡Señor Antonio!...

ANT. Os saludo, señor Claudio. (Váse Claudio por el foro.) (¡Ah, ya me las pagarás algun dia, señor maestro!)

MAR. (Á Antonio.) Señor, vuestro cabriolé ha vuelto, y está al extremo de la alameda. (Pasa y váse.)

ANT. Bien. (Vá á coger su sombrero y baston, que estan sobre el piano.) Vaya, tia mia, os dejo; pero no renuncio todavia al honor de ser algun dia un poco mas que sobrino vuestro.

MAD. Pero, Antonio, ¿no habeis oido la respuesta de Maria?

ANT. Pist. Eso no hace nada, tia mia. Las madres tienen sus derechos, y una hija tan bien educada como la vuestra debe respetarlos. Vos podeis arreglarlo si quereis. ¡Y qué diablo, se trata de un millon! No teneis mas que bajaros para cogerle, y por vida mia que la cosa vale bien la pena de bajarse. ¡Hasta la vista, tia mia, hasta mas ver! (Vá á marcharse, cuando vuelve Claudio muy agitado con una carta en la mano.)

ESCENA XII.

DICHOS, CLAUDIO, despues AGUSTIN, despues BLANCA, y en seguida JORGE y MARIA.

CLAUD. (Con una grande emocion, pero á media voz.) ¡Ah, señora, ese hombre traia este despacho telegráfico! Es de vuestro banquero.

MAD. (Despues de haber leido.) ¡Ah!

CLAUD. (En voz baja.) Sus temores y los mios eran demasiado

fundados, y ya lo veis... ¡La sociedad se ha declarado en quiebra!

MAD. (Con desaliento.) ¡Cuatrocientos mil francos!

ANT. (Que se ha detenido y ap.) ¡Ah! ¡Bah! (Adelantándose.) ¿Perdeis cuatrocientos mil francos?

MAD. Si.

ANT. (Bajo.) Mucho lo siento, pero teneis un medio para reponer esa pérdida, tia mia: ya sabeis...

MAD. (Ap.) ¡Cuatrocientos mil francos!

ANT. (Ap.) ¡Vamos, vamos, mis acciones estan en alza! (Llega Agustin corriendo por el foro, con la cabeza descubierta y lleno de polvo.)

MAD. (Viéndole.) ¡Agustin solo! ¿Dónde estan mis hijas?

CLAUD. (Á Agustin.) ¡Habla pronto, habla!

AGUST. (Con voz sofocada por la carrera que acaba de dar.) Figuraos... (Se suena.) que habiamos llegado á una media legua de aqui, cuando la señorita Blanca quiso descansar. Ya habiamos echado pie á tierra el Vizconde y yo, cuando de repente la señorita Blanca, que durante todo el camino habia guardado su idea, se arrojó desde su caballo al del Vizconde. El potro, que de suyo es asombradizo, se espantó y salió como un loco con direccion á la quinta.

MAD. ¡Dios mio!

AGUST. El caballo de la señorita Maria salió tambien á escape detrás de él... (Llora y se suena.)

ANT. Que los diablos te arranquen las narices.

AGUST. Entonces, el señorito Jorge y yo, salimos cada uno cortando por caminos de travesia.

MAD. ¡Y bien!...

AGUST. (Llorando á lágrima viva.) Que yo por mí, no he podido alcanzarlos ni sé dónde estan. (Vá hácia el foro, como tambien Antonio.)

MAD. (Sollozando.) ¡Oh, pero eso es horrible!... ¡Corred, Antonio... corred! ¡Blanca mia... mi pobre Blanca!...

CLAUD. (En voz baja.) ¿Y os olvidais de Maria?

MAD. (Como loca.) Vos teneis la culpa, porque me dijisteis el otro dia estas terribles palabras: «Las preferencias maternales, suelen causar algunas veces desgracias inmensas á las hijas predilectas.» Ya ha sucedido esa desgracia á Blanca. (Vá hácia el foro, y vé á Maria que sale sostenida por Jorge y por Antonio. Corriendo á ella.) ¡Maria!...

¿Estás herida?

MARIA. (Con voz débil.) ¡No, madre mia, no es nada! (Agustin exhala grandes suspiros.)

MAD. (Volviendo á sus temores.) Pero... y Blanca... ¡cómo es que no viene!... Dios mio... ¿Ha muerto?

BLANCA. (Corriendo.) ¡No, mamá, no!

MAD. (Dando un grito, y como una loca de alegria y cogiéndola entre sus brazos.) ¡Ah! ¡Aqui está... aqui está! (La cubre de besos.)

MARIA. ¡Gracias, Jorge, me habeis salvado!

JORGE. Habeis tenido mucho miedo, ¿no es verdad?

MARIA. No... Sabia que estabais allí.

JORGE. Pero Dios mio... os poneis pálida...

MARIA. Si... no veo... me falta aire y el corazon se me quiere salir del pecho... ¡Madre mia! Madre mia! (Claudio adelanta una silla.)

MAD. ¡Aqui estoy, Maria!

JORGE. Se ha desmayado, señora. Vuestros besos han llegado demasiado tarde.

AGUST. (Que trae un vaso de agua, dice á Antonio.) ¡Ah, caballero! ¡Salvad estos vasos... me siento desfallecer!

ANT. (Empujándole hácia el sofá.) ¡Vete con mil diablos! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Ocho dias despues. Una sala ochavada que figura ser un gabinete ó tocador de señora. Á la izquierda chimenea con buen fuego, en ella flores y cintas esparcidas por encima de los muebles, indicando el desórden natural que precede al adornarse para un baile. Es de noche, pero el gabinete está alumbrado por la lámpara de la mesa y por los candelabros de la chimenea.

ESCENA PRIMERA

Una DONCELLA, MARIA, BLANCA, MARIANA y JULIA.

Blanca vestida de baile, y de pié delante de un grande espejo á la derecha, está dando la última mano al peinado, mientras que Mariana la abrocha el traje. Maria con el mismo vestido del acto anterior, sentada al lado de la mesa en que está la lámpara; tiene en la mano un libro que mira sin ver; la doncella arregla el fuego. Julia, arrodillada delante de su señorita, concluye de atarla los zapatos. Se oye fuera el viento y la lluvia.

BLANCA. ¿Con que decididamente no vienes al baile, Maria?

MARIA. No, te lo repito, no me siento buena.

BLANCA. Y yo tampoco. Ese viento y esa lluvia me hacen un daño... ¡Vaya! ¡haz un esfuerzo! Mira, no son todavia las nueve, y hasta las once no es de rigor presentarse en el baile; tienes tiempo suficiente para vestirte.

MARIA. No, Blanca, prefiero quedarme aqui.

BLANCA. (Á Mariana.) Hace tres dias que Jorge marchó á Pierrefond... ¿no es eso?

MAR. Si, señorita; porque marchó cinco dias despues de aquel desgraciado accidente...

MARIA. ¿Y no debia estar de vuelta hoy?

MAR. Tal vez no haya podido verificarlo.

BLANCA. (Alterada.) ¿Y por qué?

MAR. Qué sé yo, señorita. Quizá su padre, el señor conde, continúe peor...

BLANCA. ¡Vaya, que eres consoladora!

MAR. ¡Yo, señorita!

BLANCA. (Desprendiéndose de sus manos.) ¡Dios mio! ¡qué torpe estás! ¡me has pinchado! quieres siempre meterte en lo que no sabes hacer. (Julia acaba de abrocharle el vestido; Mariana se retira sin decir nada. Blanca cada vez mas nerviosa se dirige á Julia. La doncella despues de haber arreglado el fuego se pone á recoger los objetos esparcidos por el gabinete.) Estais sordas. No habeis oido llamar.

JUL. ¿Adónde señorita?

BLANCA. Á la puerta de abajo, me parece.

JUL. Yo no he oido nada.

DONC. Ni yo.

MAR. Ni yo tampoco.

MARIA. No han llamado, Blanca.

BLANCA. (Siempre alterada.) Sin duda son mis oidos que zumban. (Vá á la chimenea y se calienta los pies echando una mirada por los cristales de la ventana.) ¡Dios mio! Parece que se han abierto las cataratas del cielo.

MAR. Y ya hace quince dias que esto dura.

JUL. Es una degracia, porque todos los campos estan inundados, los arroyuelos parecen rios... y... (Á Maria.) Ya conoceis, señorita, el lago en donde cogisteis las flores para el cumpleaños de la señora? Pues bien, ha crecido tanto, que la otra tarde el pobre Santiaguillo, al buscar una de las cabras que se le habia escapado, cayó en él, creyendo seguir el camino, y se ahogó.

MARIA. (Con terneza.) ¡Ah, pobrecillo!

BLANCA. (Asustada.) ¡Ay, Dios mio! Jorge tiene por precision que seguir ese camino al dejar el ferrocarril... y si con la oscuridad...

MARIA. ¡Es verdad!

JUL. Tranquilizaos, señorita. El señor Jorge no es un niño, y ademas, Pedro que ha ido á buscarle con el carruaje, conoce el terreno.

MAR. Ciertamente.

BLANCA. ¡Oh, no importa! yo quisiera que no viniese ya hasta mañana. ¡Tengo una pena esta noche!, no sé qué fatal presentimiento me persigue; parece que me amenaza alguna desgracia! (Á estas palabras Maria se estremece y mira á su hermana. Julia y la doncella se van, y Mariana acaba de arreglarlo todo.)

BLANCA. (En voz baja á Maria, sentándose á su lado.) ¿No sabes lo que he dicho á mamá? Que me parece que Jorge me quiere menos de dia en dia. (Maria se vuelve un poco.) ¡Si... no es el mismo que antes! Cuando nos hallamos juntos parece que está agitado..., impaciente.., se me figura que siempre tiene deseos de que se interrumpa nuestra conversacion. ¿No has notado tú nada?

MARIA. (Con voz un poco cortada.) ¿Yo? no...

BLANCA. (Con espanto.) ¡Oh, Dios mio, si amase á otra!...

MARIA. (Id.) ¿Estás loca, Blanca?

BLANCA. No; pero creo que me volveria si fuese verdad. (Con pasion.) Desde que pienso que él podria no amarme es cuando conozco lo que le quiero. ¡Oh, sí, te aseguro que me volveria loca ó que me moriria!

MARIA. (Cogiéndola en sus brazos.) ¿Quieres callarte, niña?

BLANCA. (En voz baja.) Hermana mia, si tú quisieses...

MARIA. ¿El qué?

BLANCA. Sin darte por entendida podrias averiguar lo que pasa. Si tiene penas, disgustos, que te los diga, que nos los confie; pero que no me haga creer que me olvida, que me quiere abandonar, porque sufro demasiado.

MARIA. (Conmovida.) ¡Blanca!

BLANCA. ¿Sabes lo que se puede hacer? Si él vuelve esta noche estará muy fatigado para acompañarnos al baile, y supuesto que tú te quedas, podrias hallarte á solas con él, y...

MARIA. (Con un estremecimiento de espanto.) ¡No, no! (Reponiéndose.) Á mamá le disgustaria que no os acompañara, y... y es necesario que vaya. (Esforzándose por sonreir.) ¿Dices que estará muy fatigado? ¡Él... un militar!

BLANCA. Pero esa era una ocasion para averiguar lo que te he dicho: tendrias tiempo para saber la verdad, y...

MARIA. (Muy agitada y levantándose.) No, esta noche es imposible, Blanca; mañana... otro dia...

BLANCA. (Mirándola.) ¿Pero qué es lo que tienes? (Se levanta.)

MARIA. (Muy agitada.) ¡Nada!... únicamente que debes conocer que si yo fuese así... de repente... podria creer...

BLANCA. Tal vez tengas razon, pero, mira, asi vinieses con nosotras al baile, y Jorge estuviera conmigo asi... distraido, indiferente... como lo está hace algun tiempo, tendrias una ocasion muy natural bailando con él...

MARIA. ¡Bah, en medio de un baile, delante de todo el mundo!

BLANCA. ¿Te niegas tambien? (Muy agitada.) ¿Apostamos á que es porque tú has notado lo mismo que yo, y temes saber de su misma boca?...

MARIA. (Muy turbada.) Cálmate, Blanca, te lo ruego. ¡Te vas á poner mala!

BLANCA. ¡Ah, es igual! Díme que me equivoco, Maria; díme que estás segura de que Jorge me ama como siempre, ó al menos díme que tú no participas de mis temores. (Muy conmovida.) ¡Júramelo, Maria, júramelo por la salud de nuestra madre!

MARIA. (Vacilante.) ¡Blanca! (Blanca está pendiente de los labios de Maria. Se oyen á lo lejos unos campanillazos.)

MAR. (Que durante el diálogo ha estado ocupada en un trabajo de costura.) Estan llamando á la verja del jardin.

MARIA. (Subiendo rápidamente.) Es Jorge sin duda.

MAR. (Que ha abierto la ventana y mira hácia el jardin.) Si, si, veo los faroles del carruaje.

MARIA. (Ap. y con temor.) Héle aqui.

BLANCA. Anda pronto, Mariana; baja por la escalera reservada, que se tarda menos en llegar al jardin. Mira, coge esa lámpara, y su resplandor guiará á Pedro hácia este lado. ¡Tengo ánsia de ver á Jorge! ¡Anda, anda! (Mariana coge la lámpara y sale por la izquierda.) ¿Sientes cómo late mi corazon? (Poniendo la mano de Maria sobre su corazon.) ¡Me parece que Jorge no vuelve sino para decirme adios!

MARIA. ¡Blanca, cálmate!

BLANCA. (Escuchando.) ¡Ah, el coche se aproxima... se detiene... bajan el estribo... dentro de un minuto Jorge estará aqui! (Maria dá un paso como para retirarse. Blanca la detiene.) ¡Quédate, quédate, te lo suplico!

MAR. (Saliendo con la lámpara.) Aqui está el Vizconde. (Se presenta Jorge y dá su capa á Mariana.) Voy á avisar á la señora. (Váse por la derecha.)

ESCENA II.

JORGE, MARIA, BLANCA.

BLANCA. ¿Cómo está vuestro padre, Jorge?

JORGE. Siempre padeciendo, señorita. (Mirando el vestido de Maria.) ¿No vais al baile?

MARIA. No, señor.

JORGE. ¿Os resentís todavia del golpe?

MARIA. No.

JORGE. (Contrariado.) ¡Ah!

BLANCA. (Con timidez.) Nada me habeis dicho de mi traje... por ventura, ¿no os agrada?

JORGE. Perdonadme, todo lo contrario. (Durante todo lo que sigue, Maria procura evitar las miradas de Jorge, que estan fijas en ella.)

BLANCA. ¿Podreis acompañarnos al baile, Jorge?

JORGE. (Ceremoniosamente.) ¿No estoy siempre á vuestras órdenes, señorita?

BLANCA. (Con enfado.) ¿Á mis órdenes?... Yo no os doy ninguna; es solo una súplica la que os dirijo.

JORGE. ¡Ah! ¿Qué decis? (Blanca sin responderle se vuelve.) Iba á pediros ahora mismo diez minutos para cambiar de traje. (Bajo á Maria.) Venid al baile, os lo ruego. (Maria se estremece de espanto, mirando hácia el lado donde es tá Blanca, y se separa rápidamente del de Jorge. Á Blanca.) ¿Y Claudio?

BLANCA. Vá á acompañarnos; por consiguiente, si teneis necesidad de descansar, podeis no molestaros.

JORGE. (Vivamente y como dispuesto á aceptar.) Entonces os confieso, que... (Deteniéndose á una mirada suplicante de Maria, y cambiando de tono.) Deseo... deseo ser vuestro caballero, mi querida Blanca, y mucho mas cuando tendré muchos envidiosos: porque seguramente sereis esta noche la reina del baile.

BLANCA. (Mirándole fijamente, aparte y con pena.) ¡No me engañaba... ya no me ama!

JORGE. (A Maria.) ¿No es verdad, señorita? (Con viveza y en voz baja.) ¿Os ha vuelto á hablar vuestra madre de vuestro primo Antonio?

MARIA. No; pero dejadme, os lo ruego. (Se separa mas.)

MAR. (Que vuelve) Ya he avisado á la señora, y vá á venir.

(Á Maria.) Señorita, vuestra madre os llama.

MARIA. (Vivamente.) Bien... allá voy... (Saludando.) Hasta despues...

JORGE. ¡Y se vá!...

ESCENA III.

MARIANA, BLANCA, JORGE.

Jorge sigue con la vista á Maria. Blanca le mira al soslayo, poniéndose los guantes y afectando serenidad.

MAR. Mal tiempo habeis tenido en vuestro viaje, señor Vizconde.

JORGE. (Distraido.) En efecto; no ha sido bueno.

MAR. ¿Creereis que la señorita Blanca temblaba hace poco por vos?

JORGE. (Distraido.) ¿Y por qué?

MAR. ¡Toma! Porque la noche estaba muy oscura y debiais pasar cerca del lago, que parece se ha desbordado.

JORGE. (Á Blanca.) ¡Cuán buena sois! (Ap. despues de una pausa.) Héteme aqui ya como siempre. Ahora no se me ocurre nada que decirla.

BLANCA. (Ap.) Ya está su pensamiento en otra parte. (Mariana vá á marcharse.)

JORGE. (Vivamente.) No os vayais Mariana, sentaos

BLANCA. (Sentándose y despues de un momento de silencio.) Señor Vizconde, ¿no teneis nada que contarme de vuestro viaje? (Mariana se sienta cerca del fuego y poco á poco se adormece.)

JORGE. (Tratando de libertarse de la preocupacion que le domina.) Nada, como no sea lo que me ha contado el cochero relativo á vuestro primo Antonio. Parece que desde su última visita, su carácter duro y violento, que se habia adormecido un poco, ha vuelto á despertarse de repente, y no pasa dia sin que no tome parte en algun alboroto. ¡Ah, es muy original el genio de vuestro primo!

BLANCA. (Con desden.) Creo, Jorge, que no hacia falta que me recordaseis que Antonio es de mi familia.

JORGE. (Con viveza.) ¡Oh, Blanca, teneis razon! He cometido una indiscrecion al hablaros de él. Perdonad. (La coge la mano con ternura.)

BLANCA. (*Contenta.*) ¡Ah, si, os perdono!

JORGE. Gracias. (*Deja la mano de Blanca, y cae en su distraccion.*)

BLANCA. (*Ap.*) Hace ocho dias me hubiera dicho ..—¡Yo os amo!...

JORGE. (*Mirando á Mariana.*) Vá á dormirse sin duda. (*Á Blanca.*) ¿Qué haciais ayer á estas horas?

BLANCA. (*Con abatimiento.*) No me acuerdo.

JORGE. (*Que trata de ocultar su turbacion y que muchas veces habla en alta voz para despertar á Mariana.*) ¡Ah! Es una pregunta que con frecuencia me hago á mí mismo, cuando pienso en aquellos que estan lejos de mí. ¿Qué harán á estas horas? Esta preocupacion me dió la idea, cuando estaba en Crimea, de escribir mi diario hora por hora, dia por dia. Uno de mis primos, puesto de acuerdo conmigo, hizo lo mismo; y durante mi convalecencia comparé mis apuntes con lo que me habia enviado, y me ofrecieron resultados muy particulares. ¡Asi es la vida! ¡y por demas graciosa! (*Con una volubilidad extremada que quiere hacer alegre.*) En la jornada de Inkerman, por ejemplo, el cinco de noviembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, ved lo que saqué: á las cuatro de la mañana, cuando todas las campanas de Sebastopol daban la señal del combate, mi primo salia de su círculo, donde habia perdido una docena de miles de francos, y se metia en su mullida cama en la linda casa que posee en la Chausse de'Antin, á la misma hora en que una avanzada rusa, que no habiamos visto por la niebla, nos venia á despertar á bayonetazos. Otro dia, mi referido primo, daba un excelente almuerzo á varios jóvenes solteros, en los mismos momentos en que á nosotros nos llegaban, con mucho trabajo, y despues de un reñido combate, algunos trozos de dura galleta, que destrozabamos al mismo tiempo que los cartuchos con un hambre voraz de veinticuatro horas, y...

BLANCA. (*Con impaciencia interrumpiéndole.*) ¡Eso es muy filosófico! (*Recargando.*) ¡Muy significativo, sobre todo! (*Con intencion marcada.*) Y yo siento mucho que no me hubieseis contado eso hace un año... (*Vá á la chimenea.*)

JORGE. (*Asombrado.*) ¡Cómo!

BLANCA. (*Ap.*) ¡Las lágrimas me ahogan! (*Alto.*) ¡Calla! ¿Mariana se ha dormido?

JORGE. (*Riendo.*) Tambien eso es muy significativo...

BLANCA. Quizás no la gustarán las relaciones de batallas. (La besa.)

JORGE. ¿Quereis mucho á Mariana?

BLANCA. (Tristemente.) Si... y ella tambien me quiere mucho... Y sin embargo, ¡hace poco que he sido muy injusta con ella! (Con ironia.) ¡Generalmente paga uno mal á quien bien le quiere! (La besa otra vez y Mariana se despierta.)

MAR. (Sorprendida.) ¡Ah! sois vos, señorita.

BLANCA. Si...

MAR. (Riendo.) ¡Soñaba con vuestro casamiento! Era un sueño muy delicioso...

BLANCA. (Ap.) Si... muy bonito... pero que ha concluido.

ESCENA IV.

DICHOS, MADAMA FONTENAY, vestida de baile.

MAD. (Sale por la derecha.) Buenas noches, Jorge... (Á Mariana.) Mariana, decid que enganchen para las diez y media.

MAR. Bien está, señora. (Váse por el foro.)

BLANCA. (Con voz baja á Madama Fontenay.) Mamá, mis sospechas se han realizado. ¡Jorge no me ama ya! ¿Y por qué? ¿Qué le he hecho yo?

MAD. (Besándola.) Pierde cuidado. (Alto.) Hija mia, estás horriblemente peinada .. Vé á buscar á tu hermana, que está en mi habitacion, y díla que te arregle esas flores. (Bajo.) ¡Anda, anda!

BLANCA. Voy, mamá.

JORGE. Blanca, no os molesteis por mí. Voy á mudar de traje y no me haré esperar. (Á Madama Fontenay.) ¿Me dais vuestro permiso? (Le hace señal de que se quede.)

ESCENA VI.

MADAMA FONTENAY, JORGE.

MAD. (Despues de un momento de silencio y con grande esfuerzo.) Ha llegado el momento para mí, Vizconde, de confiaros el cambio de fortuna que he sufrido y que he tenido secreto hasta ahora para todo el mundo, como veis, (Señalándole el traje.) pues voy al baile. Y ha sido asi por-

que queria asegurarme que la desgracia que acabo de experimentar, no tenia remedio.

JORGE. ¡Me asustais, señora!

MAD. Todas las ilusiones que ya me hiciera, serian inútiles. Los temores que se me habian indicado, y de que por desgracia yo no participaba, se han realizado completamente. Y como ahora no puedo dar á cada una de mis hijas mas que cien mil francos de dote, en vez de los trescientos mil, vengo, Jorge, á devolveros vuestra palabra.

JORGE. (Con gran sorpresa.) ¡Señora! dispensadme; pero la sorpresa de esa noticia tan imprevista... y que me anunciais tan de repente...

MAD. (Con alegria.) ¿No sabiais nada, Vizconde?

JORGE. ¡Nada! Señora, os lo juro.

MAD. (Tendiéndole la mano, que él coge.) ¡Ah! ¡tanto mejor para ella!

JORGE. ¿Qué significa? ¡explicadme señora!

MAD. (Sonriéndose.) No, no vale la pena.

JORGE. Al contrario, hablad, yo os lo ruego.

MAD. Pues bien, perdonadme, Jorge... pero me habia parecido que vuestra conducta respecto á mi hija Blanca, habia sufrido alguna variacion desde hace ocho dias... y os lo confesaré, yo creia...

JORGE. ¡Acabad!

MAD. No os acusaba á vos precisamente, pero temia que previendo los obstáculos que encontrariais tal vez en vuestra familia, á causa de mi nueva situacion, deseabais deshaceros poco á poco de vuestros compromisos. Os pido de nuevo perdon, señor Vizconde; pero si hace poco os he ofrecido devolveros vuestra palabra, es porque creia que no os atreviais á reclamármela.

JORGE. ¡Oh! señora, vos me conoceis sin duda.

MAD. Lo creo.

JORGE. Lo ignoraba todo, os lo juro. Y aunque hubiese sabido la verdad, no hubiera sido eso una razon para... ¡Jamás! no, jamás una miserable cuestion de intereses podria hacer traicion á mis sentimientos, y... si... ahora... mi amor podia vacilar.

MAD. ¿Cómo?

JORGE. (Embrollándose cada vez mas.) No, quiero decir... si... llegase... á renunciar por otra felicidad... la felicidad que

me estaba prometida... eso seria lo menos, para...

MAD. ¡Si llegaseis á renunciar! (Ap.) ¡Ah! ¡Dios! ¡luego Blanca tenia razon! (Alto.) Perdonad, señor Vizconde, yo no os entiendo... hay en vuestras palabras y hasta en el sonido de vuestra voz una cosa que no puedo explicarme... ¿No me respondeis? ¿no me decis nada? ¿No quereis, en fin, decirme mas que lo que yo pueda comprender?...

JORGE. Señora, yo... (Ap.) Y no puedo sin embargo decirla...

MAD. ¡Vaya, caballero! ¿renunciais á llamarme madre vuestra?

JORGE. (Con viveza.) ¡Oh! no, señora.

MAD. Vuestros sentimientos son los mismos respecto á... (No pudiéndose contener mas.) ¡Ah! señor Vizconde... decidme por último si amais siempre á Blanca.

JORGE. (Confuso.) ¿Que si yo... la amo siempre?

MAD. ¡Oh! si, responded... caballero... os lo mando... porque vá en ello la felicidad de mi hija.

JORGE. Pues bien, señora. (Viendo á Claudio.) Alguien viene. (Ap.) A fé mia, que prefiero esto.

CLAUD. (Vestido tambien para el baile.) Señora... vuestras órdenes estan ejecutadas, y el carruaje estará dispuesto para la hora que habeis dicho.

MAD. Gracias, Claudio. (En voz baja á Jorge.) Señor Vizconde, os relevo por el momento de una confesion que os debia costar menos. Despues de lo que os he dicho, esperaré hasta mañana vuestra respuesta.

JORGE. Si, si, mañana.

MAD. Hasta mañana, pues, señor Vizconde.

ESCENA VI.

CLAUDIO, MADAMA FONTENAY, despues MARIANA.

MAD. (Dejándose caer en el sofá.) ¡Oh Dios mio, me faltaban las fuerzas!

CLAUD. ¡Cielos! ¡Qué pálida estais, señora! ¿Qué hay?

MAD. Que la desgracia ha entrado en esta casa. (Con voz febril.) El Vizconde piensa en desdecirse... se ha excusado, ó al menos ha querido excusarse! Me ha dicho... ¡Ah! yo no sé lo que me he dicho... (Se levanta.) No he entendido nada porque ese hombre me hará perder el

juicio. Pero lo que veo muy claro es que no quiere casarse con Blanca... ¡y mi pobre hija, que no vive mas que para él! ¡Oh! ¡ya me había apercibido de ello y he sufrido bastante! Pero ella le ama, le adora... ¡y si no se casa con él! ¡Oh, no quiero pensar en ello! (Muy agitada.) ¡Los hombres! ¡por un puñado de oro con que poder aumentar las riquezas que ya poséen! Porque á pesar de sus buenas palabras, es fácil adivinar... ¿no es esa la historia de todos los dias? (Con resolucion.) Pues bien, tendrá sus... cuánto?.. sus trescientos mil francos! Si, los tendrá, porque despues de todo... puedo dárselos.

CLAUD. Pero, señora, mirad que eso es todo lo que os queda. ¿Cómo hareis para...

MAD. ¿Y esta quinta?

CLAUD. No encontrareis quien os dé la cuarta parte de lo que vale... Ademas, ¿no jurásteis al señor de Fontenay que...

MAD. Si, teneis razon. Bien; venderé para vivir mis diamantes... mis...

CLAUD. ¿Pero y Maria?

MAD. ¡Ah! Si... Maria. (En el colmo de la desesperacion.) ¿Pero entonces, qué quereis que haga?

MAR. (Viniendo por el foro.) Señora, ¿no sabeis lo que pasa? El señor Antonio...

MAD. (Ap. y como herida de una idea.) ¡Antonio!

CLAUD. ¿Á estas horas?

MAR. Viene de Rochepot, donde se ha detenido demasiado, y como tiene que ir todavia lejos, y los caminos, segun dice, no son seguros, pregunta á la señora si quiere concederle la hospitalidad por esta noche.

MAD. (Reflexionando.) Si... ¡Si, eso es! (Á Mariana.) Conducidle aqui... Mariana. Recibidle. (Á Claudio.) ¿Dónde está Maria?

MAR. En vuestra habitacion con su hermana.

MAD. Está bien. (Váse Mariana por el foro. Ap.) Ella sola puede salvarnos. (Vá á marcharse.)

CLAUD. (Inquieto y colocándose al paso.) Señora, creo haber adivinado vuestra idea. ¿Quereis?...

MAD. Quiero hablar á Maria; suplicarla que tenga piedad de su hermana... de mí...

CLAUD. (Con calor,) ¿Y quién tendrá piedad de ella, señora? porque ya sabeis que ella no amará nunca al hombre que

la proponeis. Vais á pedirla que consienta en la desgracia de toda su vida.

MAD. (Con impaciencia.) Ya sabeis que yo no quiero contrariarla.

CLAUD. No... solo que sin conocerlo vos, y como siempre que se trata de ella, á la vez que vuestros labios pidan, vuestras miradas mandarán.

MAD. (Pensando siempre en Blanca y sin escuchar á Claudio.) No... no. (Ap.) Es Jorge... que hace poco... trataba de disfrazar con sus palabras lo que sentia su corazon.

CLAUD. Y entonces la pobre niña obedecerá por respeto .. por temor...

MAD. No... no... yo no lo entiendo asi. Decid todo lo que gusteis; pero no quiero que Blanca se vuelva loca. Oigo á Antonio, adios.

CLAUD. ¡Señora!

MAD. Hasta luego.

ESCENA VII.

CLAUDIO, á poco ANTONIO, guiado por MARIANA.

CLAUD. (Con pasion.) ¡Oh, Maria, tu madre te abandona... pero te quedo yo! (Aparece Mariana seguida de Antònio. Este viene vestido casi lo mismo que el primer acto, y con sus zapatones.)

MAR. Entrad, señor Antonio, entrad.

ANT. Gracias.

MAR. Esperad aqui un momento... calentaos mientras se os dispone una cama.

ANT. ¡Bueno! (Váse Mariana mirando á su alrededor.) ¿En qué parte de la quinta estoy? (Señalando la puerta por donde ha entrado.) Jamás he entrado aqui. (Deja su sombrero sobre la mesa y vé una manteleta y la coge.) ¡Estaré en su cuarto... en el cuarto de Maria! Esta es la manteleta que tenia puesta la primera vez que la ví. ¡Ah, torpe de mí... imbécil! (Se pone sombrio; vá á la chimenea y se echa un vaso de agua que bebe de un trago. Con voz forzada.) ¡Me parece que tengo calentura! ¡Seria gracioso! Yo creia que estos males se habian inventado solo para los de Paris. (Se sienta delante de la chimenea y dice despues de una

pausa con ironia y como respondiéndose á sí mismo.) ¡Ah! ¡Eso seria muy violento! (Meneando los leños de la chimenea y talareando una cancioncilla. Levantándose bruscamente y con cólera.) ¡Imbécil!... (Cambiando de tono.) ¡Ah! ¡Bah... despues de mí... el fin del mundo! (Viendo á Claudio.) ¿Sabeis que esta casa es muy triste? Prefiero mis granjas. ¡Al menos allí hay mas movimiento... mas ruido! (Riéndose de pronto y consigo mismo.) Já, já, bien les he aporreado yo mismo. (Claudio no le atiende; pero él continúa como si le preguntase.) ¿Á quiénes? Á los pícaros mozalvetes de Rochepot, que me armaron una camorra... casi he aplastado á tres de ellos... Eso es lo que me ha retrasado, y como yo sé que son capaces de seguirme y juntarse hasta una docena para vengarse, por eso me he quedado aqui. Al menos mañana será de dia y...

CLAUD. (Que ha tomado una resolucion, se acerca á Antonio.) Quisiera hablaros.

ANT. ¿De qué?

CLAUD. De la señorita Maria.

ANT. ¡Ah!

CLAUD. Y de su hermana. Yo desearia... Yo... mirad, señor Antonio... os lo voy á decir en dos palabras y sin rodeos; me gusta mas asi.

ANT. Y á mí tambien.

CLAUD. Sois un hombre honrado y...

ANT. (Ap.) Me necesita.

CLAUD. (Acabando.) Y me comprendereis...

ANT. Lo cual me sorprenderá, señor Claudio, porque el otro dia no nos entendimos; me acuerdo bien.

CLAUD. Olvidadlo, y escuchadme. No hace mucho que la señora de Fontenay hizo un llamamiento á vuestra honradez con motivo de ese pleito. ¿Ya sabeis?

ANT. Si, si, ya le conozco.

CLAUD. Al principio rehusasteis toda avenencia; pero pasado el primer movimiento, vinisteis vos mismo...

ANT. Á proponer otro arreglo que rehusaron.

CLAUD. Pues bien: yo vengo á suplicaros, que á vuestra vez, rechaceis ese mismo arreglo, que quizá ahora quieran aceptar.

ANT. (Con un áspero movimiento de alegria.) ¿Qué es lo que decis? ¿Maria consentirá?

CLAUD. Maria no; pero su madre... cediendo á la necesidad...

ANT. ¡Ah, ya, ya! ¿Con que se humaniza? Pues bien; continúo con las mismas intenciones, y lo que he ofrecido ya otra vez, lo ofreceré ahora.

CLAUD. ¿Segun eso, no me entendeis?

ANT. ¿Cómo?...

CLAUD. Lo que os pido, es justamente que no hagais una víctima de Maria. Que no os aprovecheis de un consentimiento que tal vez su madre le arranque á la fuerza.

ANT. (Con aire burlon.) ¡Calla! ¿Es decir, que quereis que yo rechace la mano de Maria, si llega á colocarse entre las mias? ¡No, no; no seria tan necio!

CLAUD. (Conteniéndose.) Pero pensad, señor mio, que esa mano no se coloca voluntariamente en las vuestras, que la colocarán á la fuerza.

ANT. Andando el tiempo, quizá permanecerá en ellas de buena voluntad.

CLAUD. (Vivamente.) No lo espereis.

ANT. Ese es asunto mio, señor Claudio Parisot.

CLAUD. En tan poco tiempo como hace que habeis vuelto á ver á Maria, no podeis amarla con tan excesivo cariño.

ANT. ¿No? Pues oid, señor mio: supuesto que Maria no tiene secretos para vos, tampoco quiero yo tenerlos. No sabré deciros cómo ni por qué la amo; pero lo cierto es, que yo no vivo, no descanso desde que sé que ella no me quiere. Ignoro si mi cariño será como el cariño de otros; pero lo que sé muy bien es, que estoy dispuesto á todo, y que si no me la dan la tomo. Ahi teneis todo lo que tenia que confiaros.

CLAUD. (Estallando.) Y yo os digo á mi vez que no la tomareis.

ANT. ¡Hola, mi buen maestro! ¿Creeis por ventura que necesitaremos mucho tiempo de vuestras lecciones? ¿No sabeis que dentro de poco tendreis que tomar las de Villadiego? (Claudio se encoge de hombros.) ¿Á qué, pues, venis á fastidiarme con vuestras palabras de sacrificio por aqui, de víctima por allá? No dirian mas... ¡Vaya, vaya, pues no es poco difícil de contentar la tal primita! (Con risa burlona.) ¿Cree, por ventura, que porque la llaman en el pais la pobre *Cenicienta*, se casará como aquella con algun príncipe?

CLAUD. (Con cólera.) No, señor Antonio, Maria no ambiciona casarse con un príncipe; pero tampoco querrá unir su suerte á la de un hombre que no sabrá inspirarla ni

amor ni respeto.

ANT. Eso no pasa de ser una insolencia. ¿Y por qué razon os mezclais vos en eso? ¿Sois el tutor de Maria, su hermano, su pariente? No: vos no sois nada. ¿Con qué derecho, pues, os mezclais en lo que no os importa? (Con una alegria brutal.) ¡Já, já! ¿Sois su prometido... su amante?

CLAUD. (Abalanzándose á él.) ¿Qué es lo que decis?

ANT. (Con aire chocarrero.) En ese caso tiene muy mal gusto. ¡El señor Claudio Parisot amante de Maria!

CLAUD. (Con un grito de indignacion.) ¡Ah! (Se abalanza sobre Antonio, que le rechaza con el brazo riendo.) Nos batiremos.

ANT. Te pegaré.

CLAUD. (Siempre á media voz.) ¡Oh! ¿os habeis atrevido á mancillar la pureza de Maria? Bien; nos batiremos, ¿no es eso? Decidme que os batireis.

ANT. (Riendo mas fuerte.) Os tiraré por la ventana. Hé ahí todo lo que puedo hacer por vos.

CLAUD. Y yo diré por todas partes que el señor Antonio Fontenay, que ha sido militar, ha tenido miedo de Claudio Parisot.

ANT. ¿Eh?

CLAUD. ¡Que sois un cobarde!

ANT. (Sériamente.) ¡Ea, basta, señor mequetrefe! ¿Quereis una leccion? Pues bien, os la daré.

CLAUD. Sea.

ANT. ¡Cuando yo decia que esto concluiria por romperos las piernas!

MAR. (Por el foro.) Señor Antonio, ya teneis preparada vuestra habitacion.

ANT. (En voz baja á Claudio, mofándose.) ¿Cómo nos batiremos, señor maestrillo? ¿Á tinterazos ó con los diccionarios?

CLAUD. Con espada, supuesto que habeis sido soldado.

ANT. ¿Y cuándo y dónde?

CLAUD. Mañana á las siete en el bosque de los Sauces.

MAR. (Que ha cogido una bujia.) Cuando gusteis.

ANT. Allá voy, Mariana. (Bajo á Claudio.) Hasta mañana.

MAR. (Guiando á Antonio.) Por aqui, por aqui. (Vánse por el foro.)

CLAUD. (Solo.) ¡Si ese hombre me mata no veré al menos realizar el sacrificio! (Váse por el foro. El teatro permanece un rato solo. Se oye el viento y la lluvia que cae con mas fuerza. Á poco se abre silenciosamente la puerta de la derecha, y aparece Maria.)

ESCENA VIII.

MARIA, sola un instante, despues JORGE. Maria está poseida de una viva agitacion. Al salir corre á coger la primera prenda de vestir que vé: es un abrigo de baile, de colores fuertes y vivos; lo tira, y parece que busca otra cosa alrededor suyo. Despues Madama de Fontenay y á su tiempo Blanca.

MARIA. (Durante este juego escénico con voz temblorosa, pero sin llorar.) ¡Oh, no, no! ¡No me casaré jamás con ese hombre, no me casaré! Blanca tiene necesidad de un dote... pues bien, que la den el mio. (Envolviéndose en una manteleta negra.) Mañana no le necesitaré... (Vá á marcharse por la puerta de la izquierda, pero se détiene de repente. Corre á un mueble, abre un cajon y saca un ramo marchito.) ¡Queridas flores silvestres, recuerdo precioso de una noche de felicidad, venid!... (Con desvario.) ¡Venid á ver la profundidad del lago en que os he cogido! (Vá á lanzarse fuera, y Jorge se presenta por la misma puerta de la izquierda.)

JORGE. ¡Maria! (Cierra la puerta.) ¿Dónde vais? ¿adónde correis? decidme. ¡Hablad, Maria! ¡habladme! ¿Quereis morir? no me lo negueis, porque estoy seguro de ello. Ademas, conozco la causa... Antonio... ese casamiento... ¿no es verdad? Pero no morireis... ¡pobre niña! (Hablando asi quita á Maria la manteleta, ella le deja hacer maquinalmente: Jorge continúa muy conmovido.) Oid, Maria. Yo tambien he tenido, hace poco aqui mismo, una explicacion con vuestra madre; y al decir una explicacion, falto á la verdad, porque yo no podia, no me atrevia á decir nada. Asi pues, yo no quiero encontrarme otra vez frente á frente con ella en una posicion tan falsa, tan ridícula! quiero podérselo confesar todo claramente. Porque ademas, si yo he olvidado á Blanca y me he aficionado á vos, la culpa es suya. Os lo he dicho: yo no puedo ver llorar á ninguna mujer. Pues bien; Blanca estaba riendo sin cesar, y vos llorando siempre! ¡Hé ahí por qué ya no la amo, y por qué os amo á vos.

MARIA. (Muy agitada.) ¡Si! ya otra vez me habeis hablado asi, me acuerdo bien de ello! Pero acordaos tambien, Jorge, que á mis ruegos... me jurasteis...

JORGE. Es verdad que os juré no ocuparme mas que de mi felicidad, y de no cuidarme de la vuestra; pero á pesar de

mis promesas... yo no tengo fuerzas para cumplirlas.

MARIA. ¡Jorge!

JORGE. ¡Ah! quieren casaros á la fuerza con vuestro primo; pues bien, nos veremos... Por de pronto voy á matarle...

MARIA. ¡Ah!

JORGE. Y despues, me casaré con su viuda, es decir, me casaré con vos.

MARIA. Pero estais loco, Jorge. ¿Y mi hermana?

JORGE. Os digo que no la amo, y aun cuando la amase todavia, no podria casarme con ella. Es feliz, y no necesita de mí, mientras que vos, pobre niña... estais sola, sin amigos, sin protectores... Yo seré, pues, el vuestro, y á la vez, seré padre, hermano y esposo vuestro.

MARIA. ¡Oh, Jorge, Jorge! no hableis asi, os lo ruego encarecidamente.

JORGE. ¡Oh! no escucho nada... he tomado mi resolucion. Sereis mi esposa, pues solo á vos es á quien amo.

MARIA. (En voz baja y mirando hácia la puerta de la derecha.) ¡Ahí hay alguien! ¡He oido suspirar! ¡será mi madre ó Blanca tal vez! ¡Me habeis perdido! marchaos...

JORGE. Pero no me habeis respondido, Maria... ¿consentis... no es cierto?

MARIA. ¡Marchaos en nombre del cielo, marchaos! (Hablando asi, empuja hácia la puerta del foro á Jorge. En el momento que aquella se cierra, se abre la de la derecha y aparece Madama Fontenay.)

MAD. (Consigo misma.) ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! (Se adelanta lentamente hácia Maria, á quien mira con fiereza.)

MARIA. (Ap.) ¡Esa mirada! (Con voz temblorosa.) ¡Madre mia!

MAD. (Mirándola siempre.) ¡Dejadme! ¡dejadme!

MARIA. ¡Oh, no me habia engañado! (Váse por la derecha.)

MAD. ¡Ella rival de Blanca! ¡de su hermana! ¡Ese era el secreto que no se atrevia á decirme! ¡Su rival!

AGUST. (Por el foro.) El coche de la señora... (Váse por el foro. Blanca dispuesta para marchar, sale por la derecha, y al ver á su madre viene á colocarse á su lado sin que la oiga.)

MAD. (Llora.) ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!

BLANCA. (Inclinándose hácia su madre.) ¡Lágrimas!

MAD. ¡Blanca!

BLANCA. ¿Qué tienes? ¡por qué lloras, dí? ¡Ah! lo adivino... es lo que sospechaba? Jorge te ha confesado que no me ama... ¿no es eso? ¿Se ha marchado ya?

MAD. No... no... pero mira, Blanca... Se presentan obstáculos... y tal vez convendria olvidar...

BLANCA. ¡Olvidar! ¿Á quién?

MAD. Á Jorge.

BLANCA. ¿Olvidar yo á Jorge? Pero no podré... mamá... no podré...

MAD. (Queriéndola calmar.) ¡Blanca, hija mia!

BLANCA. ¡Con que todo ha concluido!... se ha terminado... (Acongojada.) Jorge... ¡Ah!... ¡Me ahogo!... ¡Me ahogo!...

MAD. (Llamando.) ¡Socorro, socorro! (Toca la campanilla.)

BLANCA. (Gritando.) ¡Mamá, mamá! (Cae en los brazos de su madre. Mariana y Claudio acuden.)

MAD. (Como loca.) ¡Pronto, un médico, un médico! ¡Blanca se muere! (Claudio se precipita hácia el foro. Mariana y Madama Fontenay sostienen á Blanca. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

MADAMA FONTENAY, MARIANA, BLANCA, despues MARIA. Blanca todavia con su traje y adornos de baile, está dormida en un escaño delante de la chimenea. Madama Fontenay y Mariana hablan en voz baja sentadas cerca del proscenio.

MAD. ¡Oh, Mariana! ¡Qué noche!... ¡Pobre hija mia!

MAR. Por fin se ha calmado y está durmiendo.

MAD. ¡Estaba quebrantada!... ¡Ah!... te aseguro, que hubo un momento en que creí perderla! (Bajando mas la voz.) Considera tú lo que la sucederia, si supiese la verdad, cuando solo la idea de verse abandonada ha causado en ella semejante alteracion.

MAR. ¿Y qué pensais hacer, señora? ¿Hablareis otra vez al señor Vizconde?

MAD. No... hablaré á Maria: estoy decidida. Vá á venir, y cuando hayamos podido conducir á Blanca á su habitacion... la hablaré... porque es necesario que yo salga á toda costa de esta terrible ansiedad.

MAR. (Levantándose y acercándose á Blanca.) Ya se despierta la señorita.

MAD. (Yendo hácia ella.) ¿Si? ¿Qué tal? ¿Cómo te sientes?

BLANCA. No sufro tanto, mamá.

MAD. Pero lloras, ángel mio...

BLANCA. ¡Ah! es que hace poco habia olvidado mi situacion, y ahora me acuerdo de todo. (Bajo.) ¿No está ya en la quinta, no es verdad?

MAR. Perdonad, señorita; pero él mismo ha venido varias veces esta noche á saber cómo seguiais.

BLANCA. ¿No le habrás dicho la verdadera causa de mi mal?

MAD. No.

BLANCA. Quiero que lo ignore.

MAD. (Vivamente.) Tienes razon, Blanca, y ya contaba yo con que tu orgullo te daria el suficiente valor para...

BLANCA. (Con tristeza.) ¡Oh! Creo que confias demasiado...

MAD. ¡Blanca!

BLANCA. (Llorando.) ¡Le amo, madre mia, le amo! (Despues de una pausa.) ¡Pero qué le he hecho yo, Dios mio!... Yo no soy ahora mas fea que antes.

MAD. (Con intencion.) No... pero eres menos rica.

BLANCA. ¡Oh! Esa no es una razon para hacerle variar.

MAD. Pero...

BLANCA. Comprendo por qué me dices eso, querida madre mia... es para que lo sienta menos; pero no te creo... No me quiere ya... porque no me quiere... hé ahí la causa... ó tal vez porque ama á otra... (Muy agitada.) Si... eso será... porque ama á otra... ¿Y quién será? ¿Te lo ha dicho acaso?

MAD. (Vivamente.) No... no me lo ha dicho... te lo juro....

BLANCA. (Calmándose.) ¿Dónde está Maria?

MAD. En su habitacion.

BLANCA. ¡Ah!... Si... es muy temprano. Pero dime, mamá, ¿no te has acostado?

MAD. No... ni Mariana tampoco; y si tú quisieras podria ir á descansar un rato.

BLANCA. Vaya si quiero.

MAD. Pero es que Mariana no quiere marcharse á descansar hasta que tú lo hagas tambien.

MAR. Si lo permitis, señorita, os acompañaré á vuestra habitacion.

BLANCA. (Levantándose.) ¡Bien! ¿Y tú, mamá?

MAD. ¿Yo?... Tengo que quedarme aqui, para dar algunas órdenes respecto á nuestra marcha.

BLANCA. ¿Nuestra marcha? (Vivamente.) ¡Oh! Es que yo no quiero volver este invierno á Paris... porque allí le veré. .

y sabré algun dia lo que te ha ocultado... ó que tú me ocultas á mí... sabré, en fin, que se casa... (Con un estremecimiento de nervios) ¡Oh... no... no... yo no quiero volver á Paris jamás! ¡Quiero quedarme aqui para siempre... sola contigo... y con Maria!

MAD. (Para tranquilizarla.) ¡Bien... está bien... tranquilízate!... Voy á dar órden para que deshagan los baules que ya estaban preparados. ¿Estás contenta?

BLANCA. Si... (Despues de una pausa y en voz baja.) ¿Se marchará sin despedirse?... ¿No le volveré á ver mas?... ¡Oh, mamá, mamá!... ¡Deja que le vea una sola vez!... ¡Te prometo no llorar!

MAD. (Conteniendo las lágrimas.) ¡Bien!... ¡Si... si... le verás!... (Maria sale por la derecha. Blanca la vé.)

BLANCA. ¡Ah! ¡Aqui está Maria!

MAD. (Estremeciéndose.) ¡Maria!... (Se acerca á Mariana, que está al lado de la chimenea.)

BLANCA. (Á Maria besándola y abrazándola.) ¡Buenos dias, hermana mia!

MAD. (Bajo á Mariana.) Llévate de aqui á Blanca.

BLANCA. (Bajo á Maria.) ¡Ah, Maria!... ¡Soy muy desgraciada!

MARIA. (Vivamente.) ¡Espera!

BLANCA. (Sorprendida.) ¡Eh!

MARIA. (Viendo bajar á su madre.) ¡Silencio!

MAR. (Á Blanca.) ¿Venís, señorita?

BLANCA. Si, allá voy Mariana. ¡Madre mia... hasta luego! (Ap. y mirando á Maria.) ¡Espera! (Maria á escondidas de su madre, pone un dedo en la boca en señal de silencio. Blanca y Mariana vánse por la derecha.)

ESCENA II.

MADAMA FONTENAY, MARIA.

MAD. (Despues de una pausa y sentándose.) Acercaos, Maria. (La señala una silla.) No quiero que se oiga lo que voy á deciros.

MARIA. (Adelantándose y sentándose.) Aqui estoy, señora.

MAD. (Sorprendida.) ¿Señora? ¿Por qué me llamais asi, Maria?

MARIA. (Con frialdad y como quien tiene tomado ya un partido.) ¿Y por qué no me llamas ya de tú?

MAD. (Despues de un breve silencio.) ¿Sabes, Maria, por qué cau-

sa ha llorado tanto tu hermana? Porque ha conocido que Jorge no la quiere ya.

MARIA. (Id.) Lo habia adivinado, madre mia.

MAD. Pero... lo que ignora aun, es que Jorge ama á otra; y lo que no sabe todavia, es el nombre de esa otra mujer. ¿Le sabes tú, Maria?

MARIA. Si...

MAD. (Atónita al ver la sangre fria de Maria, se detiene un instante, y despues continúa.) ¡Ah! Entonces, tú debes saber tambien que... esa otra no desconocia el profundo amor que Blanca profesaba á Jorge; que no debia ignorar tampoco que Blanca cifraba su felicidad en esa union, y que romperla, era destrozar el corazon y la vida de...

MARIA. Nada tiene de que arrepentirse esa de quien hablais, madre mia; porque ella no pensaba en Jorge; porque ella no pensaba mas que en vos... que no pensabais en ella...

MAD. (Despues de un movivimiento, y como tomando una resolucion violenta.) ¡Vamos á ver, Maria!... ¿Qué piensas hacer?

MARIA. (Con frialdad.) ¿Qué quereis que haga, madre?

MAD. ¿Qué quiero que hagas?... (Acercando su silla á la de Maria.) ¡Oh! no perdamos el tiempo en inútiles palabras, te lo ruego... Entiéndeme bien... Blanca sufre y padece horriblemente: yo no quiero que se prolongue ese sufrimiento.

MARIA. (Ap. con un sentimiento de resistencia.) ¡Yo no quiero!

MAD. ¿No me respondes?

MARIA. Nada tengo que responder, madre mia.

MAD. Pero... ¿es que estás loca?... ¿Es que no entiendes bien lo que te digo... ¿No ves que estoy en un suplicio?... ¡Te repito que ella sufre... que ella llora!...

MARIA. ¡Ella... siempre ella!

MAD. (Mirándola con asombro.) ¡Qué has dicho!... ¿Qué es lo que acabas de decir? ¡Mírame! (Dando un grito.) ¡Ah... tú la aborreces!... ¡Tú odias á tu hermana!

MARIA. ¡Tengo envidia!

MAD. ¡Envidia!

MARIA. (Con mucha frialdad.) ¿Podiais acaso dudarlo, madre mia?

MAD. ¿Entonces, tenias celos, ó al menos envidia de su felicidad?

MARIA. Si, envidia de esa felicidad que viene de vos, y de que yo jamás he participado; envidiosa de vuestros besos

y caricias, que jamás habeis partido conmigo.

MAD. (Ap. y con espanto.) ¡Oh, Dios mio!... Entonces, Jorge está perdido para Blanca. (Alto á Maria.) Maria, no se trata ahora de eso. Si yo he sido injusta contigo, te pido perdon. (Movimiento de Maria contenido inmediatamente.) Pero no debes castigarla á ella por mi culpa, quitándola al hombre que ama: porque tú sabes que Blanca le ama.

MARIA. (Como luchando consigo mismo.) Y yo tambien le amo.

MAD. ¡Tú!...¿Tú tambien le amas?

MARIA. Si, madre mia!... ¡Ah! ¿no habiais pensado en ello?... ¿No habeis sospechado siquiera que la pobre Cenicienta pudiese amar, no es cierto?

MAD. (Mriándola atentamente.) ¡Oh, pero nunca me has hablado asi! ¡Me causas miedo!

MARIA. (Con lágrimas que apenas puede contener.) Miedo... por ella?

MAD. (Mirándola siempre.) ¡No... tú no eres la misma... te desconozco!...

MARIA. ¡Ah, es que yo he cambiado tambien!... Ayer, queria morir... hoy ya no lo deseo... ¡Morir! ¿y á qué? ¡ni seria llorada!

MAD. (Vivamente.) ¡Oh, calla, cállate, Maria! ¡Es horrible lo que estás diciendo! (Queriéndola atraer.) ¡Ven, ven aqui... cerca de mí!... (Maria se resiste.)

MAD. (Á quien la emocion empieza á dominar.) ¿Ó es que tambien me aborreces á mí?

MARIA. (Que vá á arrojarse en sus brazos.) ¿Yo?... (Deteniéndose y luchando consigo.) ¡Oh, no, madre mia; pero me habeis tenido tanto tiempo alejada de vuestro corazon, que ya no me atrevo á acercarme á él!

MAD. (Muy agitada.) ¡Vamos, Maria, eso no es posible! Tú no puedes pensar todo lo que me acabas de decir, ó al menos si lo pensases... ¡oh... si tú lo pensases estaria tranquila, porque sabria probarte que te engañabas! Pero no se trata de nosotras, se trata de tu hermana, se trata de Jorge.

MARIA. (Implacable.) ¡Le amo, madre mia, ya os lo he dicho!

MAD. Sin embargo, tú no puedes amarle como Blanca le ama, tu amor no proviene mas que de un dia.

MARIA. Es verdad, madre; pero para la Cenicienta el ayer es ya viejo, porque yo no estoy acostumbrada como Blanca

á contar la dicha por años.

MAD. (Como loca.) ¿Con que es una resolucion invariable, no es cierto? Y entonces, qué vá á ser de Blanca? ¿qué será de mí?

MARIA. (Ap. y luchando contra sus sentimientos.) ¡Pobre madre mia! ¡Oh, pero no importa, tendré valor para llevar á cabo mi proyecto! (Alto.) Y bien, madre, hablad... ¿qué es necesario hacer? Mandad y obedeceré... yo os lo prometo. (Con intencion y mirando á su madre.) Moriré tal vez... ¡pero qué importa! Si lo exigis, madre mia, os lo juro, renunciaré al amor de Jorge, y él tambien renunciará, os respondo de ello. Si es preciso desde mañana me aborrecerá... y volverá al lado de Blanca, siendo para ella lo que era hace pocos dias... ¡y Blanca será dichosa... y vos tambien, madre mia!

MAD. (En el parasismo de la agitacion.) ¿Y tú dices que te morirás?...

MARIA. ¡Qué importa!

MAD. (Llorando.) ¡Pero es que yo no quiero que tú te mueras! ¡no quiero que tú padezcas!...

MARIA. (Que apenas puede contenerse.) ¡Madre mia!

MAD. (En el mayor desórden. ¡Y qué hacer, Dios mio, qué hacer! ¿Pero ese hombre vá á matarme ahora á mis dos hijas? (Dando un grito.) ¡Ah! si... esto es... nos marcharemos las tres.. abandonaremos la Francia... la Europa...No será ni de la una ni de la otra... y yo sabré obligaros á que le olvideis... yo sabré obligaros á vivir para mí... para vuestra madre... á la vez que vuestra madre vivirá para vosotras... ¡Porque yo no quiero que tú te sacrifiques... no quiero que tú seas desgraciada! (Abrazándola y estrechándola contra su corazon.) ¡Maria, hija mia!

MARIA. (Sin contenerse y dando un grito.) ¡Ah, repítelo, madre mia, que yo oiga otra vez de tu boca esas palabras que tanto bien me causan! ¡Madre de mi vida! ¡Habla, abrázame asi otra vez! (Cae de rodillas á los pies de su madre.)

MAD. (Besándola y con terror.) ¿Pero qué es lo que tienes? ¿Vas á volverte loca tú tambien?

MARIA. (Riendo y llorando al mismo tiempo.) ¡No, no, madre querida! ¡Yo queria arrancar de tu corazon¡esa palabra... esa palabra que no me decias nunca!... ¡Te he engañado, madre, yo no le amo!... ¡Yo no amo á nadie en el mundo

á nadie mas que á tí... te lo juro delante de Dios!... ¡Yo no le amo!

MAD. (Despues de un momento de admiracion, y cubriendo á Maria de besos convulsivos.) ¡Ah... niña perversa, qué daño me has hecho!

MARIA. (Con extremado cariño.) ¡Ah, madre adorada, qué bien me has causado!

MAD. (Rodeándola con sus brazos.) ¡Será verdad que yo no te queria tanto como á ella, pobre niña mia! (Cogiéndola la cabeza con las manos.) ¡Si... en efecto... tus ojos estan enrojecidos... tú has llorado con mucha frecuencia! ¡Ah, perdóname otra vez, Maria, perdóname! ¡Ahora me acuerdo de todo... de todo lo que en otro tiempo olvidaba... de esos *nadas* que, como decia Claudio, eran un mundo para tí, pobre sensitiva!(Abrazándola frenéticamente.) ¡Oh, mira, ahora tengo miedo de quererte mas que á ella! (Recordándose.) ¡Pero Dios mio! ¿y Jorge? ¿Qué importa que tú no le ames si él te quiere? (Se levantan.)

MARIA. ¿Si él me quiere, eh? (Sonriéndose.) ¡Oh, yo sé por qué me ama, y en ello no me engaño! Te aseguro, sin embargo, que dentro de poco no me querrá mas que como á una amiga ó como á una hermana.

MAD. ¿Qué quieres decir?

MARIA. Lo sabrás mas tarde. Déjame hacer, y hoy mismo Blanca se consolará y será dichosa. Ya vereis... ya verás, madre mia... Vuelve á su lado;... hace poco la dije que esperara... díselo tú tambien y... ¡Anda, anda!

MAD. ¿Y tú?

MARIA. (Arrojándose en sus brazos.) ¿Yo?... Tú me quieres, y no deseo otra cosa en el mundo. Hasta dentro de un instante. (Váse Madama Fontenay por la derecha.)

ESCENA III.

MARIA, despues CLAUDIO.

MARIA. ¡Si, Blanca, si, yo te devolveré el cariño de Jorge! ¿Y cómo? Lo ignoro todavia; pero yo buscaré el medio, y le hallaré. (Claudio sale lentamente por la izquierda con la mano derecha metida en el traje. Demuestra padecer mucho. Al ver á Maria quiere retirarse, pero ella le percibe y continúa como herida de una idea.) ¡Ah, ya lo sé, ya le he encontra-

do! (Corriendo á Claudio.) ¡Claudio, tengo que pediros un favor!

CLAUD. Disponed de mí, señorita.

MAR. Es necesario confirmar lo que yo diga, ¿entendeis?... Pero antes es preciso... (Viendo que Claudio se tambalea.) ¿Qué teneis?

CLAUD. (Esforzándose por sonreir.) He andado mucho esta mañana y estoy cansado.

MAR. Sentaos pues, y escuchadme. (Claudio se deja caer sobre la silla.) Es un secreto de familia el que ahora voy á confiaros, mi buen Claudio... pensad bien en ello.

CLAUD. Bien, señorita.

MAR. Un secreto que si mi hermana le conociera, quizá haria la desgracia de toda su vida. (Bajando la voz y casi al oido de Claudio.) Sabed, que Jorge la ha olvidado un momento por la pobre *Cenicienta*..., por mí.

CLAUD. ¿Cómo?

MARIA. (Mas bajo todavia.) Ayer noche... aqui... en este mismo sitio... Jorge me ha dicho que me amaba.

CLAUD. (Levantándose rápidamente á pesar de su dolor.) ¿Y se atrevió?

MARIA. ¡Era la compasion la que dictaba sus palabras!.... bien lo conocí... y se lo demostraré... Pero esto no será bastante para que me olvide del todo... y se acuerde solo de Blanca... Es necesario, pues, que sepa que yo nunca podria corresponder á su amor... aunque mi hermana no existiese, y para ello querria hacerle creer que yo amaba... que yo amo á alguno... y ese, mi buen Claudio... (Alegremente.) es preciso que seais vos.

CLAUD. (Asustado.) ¡Yo! ¿Y creeis, señorita?...

MARIA. (Con ternura.) Y á la verdad que no mentiria del todo, porque despues de mi madre y de mi hermana, es á vos, Claudio, al que yo quiero mas. ¡Oh!... no soy ingrata... y me acuerdo bien de todas las pruebas de afecto y cariño que me teneis dadas desde hace diez años... Participabais siempre de todas mis penas, y mis lágrimas caian sobre vuestro corazon, lo sé muy bien! En mis horas de tristeza, que eran muchas, os encontraba siempre ahí... cerca de mí, como amigo fiel, incansable! Cuando me faltaba el brazo de mi madre, que por desgracia era con frecuencia, encontraba el vuestro siempre dispuesto á servirme de apoyo. (Pasando su brazo so-

bre el de Claudio.) En vuestros ojos era donde leia continuamente la resignacion y el valor... vuestra mano amiga y consoladora era la que secaba el llanto que otros me hacian derramar! Os lo repito, Claudio.... no faltaria del todo á la verdad, si dijese á Jorge que os amaba... que os amo!

CLAUD. (Con voz ahogada por la emocion.) Pero eso es imposible, señorita... pobre niña! Ese ardid que vuestro cariño fraternal os ha inspirado... tendria quizá en lo sucesivo... consecuencias muy graves á los ojos del mundo. ¡Del mundo, que á veces es muy perverso, Maria; del mundo, que lo sabe todo... que todo lo cambia... y que con frecuencia confunde los crímenes con las acciones mas inocentes!... Gracias á él, esa sencilla mentira... creceria un poco cada año... y un dia, cuando la hubieseis olvidado ya, se levantaria delante de vos, ¡amenazadora! ¡terrible! ¡y yo no quiero! Es necesario que ni la sombra de la mas leve sospecha, empañe ni siquiera un instante... una vida tan pura y digna como debe ser la vuestra! (Maria le escucha con los ojos bajos y las manos todavia sobre las de Claudio, que lucha á la vez con el dolor de su herida y el de su amor. Continúa dejando la mano de Maria.) Ademas, señorita, Jorge no os creeria. Nadie creerá jamás que vos, tan bella, tan perfecta, hubieseis fijado vuestras miradas sobre el pobre Claudio Parisot... Se podrá creer tal vez que yo os haya adorado como se adora á una santa... como se adora á Dios! Podrá creerse tambien que me haya atrevido á poner mis labios sobre la flor que habiais cogido... sobre el cesped que vuestros pies habian pisado! Podrá presumirse que yo me atreviese á soñar con el amor cuando pensaba en vos... pero no se creerá jamás que me haya atrevido á referiros mis sueños! (Maria permanece pensativa: continuando.) Y si por acaso, como imposible lo creyesen... me arrojarian, Maria, y ¡os lo juro! yo no podria vivir despues de haberme sonrojado delante de vos.

MARIA. (Conmovida.) ¡Claudio! ¡es necesario que me ameis mucho para considerarme tan perfecta! Sin embargo, todo el mundo no me vé como vos, y yo, gracias á Dios, no os veo como vos mismo os pintais... ¿Por qué haceros tan pequeño, y hacerme á mí tan grande? Yo no tengo un alma miserable y vos sois un corazon noble!...

Es cierto que no soy perversa, pero vos sois la misma bondad... Sois pobre, y yo no nada tengo ya... ¿qué diferencia, pues, hay entre los dos? ¿y por qué el mundo se asombraria tanto de que Claudio se atreviese á amar á Maria? (Claudio ha llevado la mano á sus ojos, despues al pecho y se sostiene apenas: Maria lo advierte y dice:) ¡Dios mio! ¡apenas os podeis sostener, y os poneis mas pálido! ¿qué teneis?

CLAUD. Si... sufro un poco .. pero... no será nada... con un poco de descanso... (Dá algunos pasos para marcharse y se detiene.) Pero... queda convenido... ¿renunciais á vuestro proyecto? (Con tristeza.) ¡Es necesario no mentir, señorita!

MARIA. (Con ternura.) Decid vuestra Maria, Claudio... vuestra niña mayor, que os ama de todo corazon. (Coge la mano herida de Claudio que no puede contener un grito: Maria con susto.) ¡Ah! ¡Dios mio! ¿Estais herido?...

ESCENA IV.

DICHOS, MARIANA.

MAR. (Que ha salido por la derecha y que ha oido las últimas palabras, corre hácia Claudio.) ¡Si... señorita... está herido... acabo de saberlo! Este caballerito se ha batido con vuestro primo Antonio... que se habia atrevido á decir de vos...

CLAUD. (Poniéndola la mano en la boca.) ¡Callad, Mariana!

MARIA. (Con llanto en la voz.) ¡Cómo! ¿Es por mí por quien habeis arriesgado vuestra vida?

MAR. Si.

MARIA. ¿Pero no habeis pensado, Claudio, que si ese hombre os hubiese muerto hubiera yo tenido remordimientos eternos?

CLAUD. ¡Maria!

MARIA. (Con voz conmovida y con intencion marcada.) Y... ¿entonces no pensabais en ese perverso mundo de que me hablabais hace poco? ¿De ese mundo, (Apoyando.) que os preguntará con qué derecho os habeis batido por Maria?

CLAUD. (Muy agitado.) ¡Oh, Dios mio! ¡Y es verdad... no habia pensado en ello! y tal vez sea yo la causa... (Vivamente.) ¡Ah! pero no lo sabrá...

MARIA. El mundo lo sabe todo, Claudio: lo cambia todo, habeis dicho: «y es necesario que ni la sombra de la mas leve sospecha empañe un instante una vida como la mia.» Vos lo habeis dicho tambien.

CLAUD. (Desesperado.) ¡Si... es verdad... es verdad! soy yo mismo el que... ¡Ah, perdonadme, Maria, perdonadme!

MARIA. (Con cariño y á punto de hablar.) ¡Claudio! ¡Mi buen Claudio! (Vá á arrojarse hácia él y aparece Jorge en el foro.)

ESCENA V.

DICHOS, JORGE, despues MADAMA FONTENAY, BLANCA.

JORGE. ¿Qué es lo que acabo de saber, Claudio? Te has batido por... (Mariana vá hácia arriba.)

MARIA. (Con viveza y pasando por delante de Claudio.) Por la que debe ser su esposa, Jorge.

JORGE. ¿Su esposa?

MARIA. Yo amo á Claudio Parisot.

CLAUD. (En voz baja.) ¡Maria!

MARIA. (Id.) Yo no miento, Claudio. (Claudio deja escapar un suspiro de alegria y se abandona en brazos de Mariana.)

MAR. (Con sobresalto.) ¿Qué, os poneis peor?

CLAUD. (Con alegria.) ¡Oh, no, Mariana, no!

JORGE. (En voz baja.) ¡Pero... Maria!

MARIA. (Id.) Vos mismo me lo habeis dicho, Jorge; eran mis penas y mis lágrimas las que os arrastraban hácia mí... pues bien... ya no padece mi corazon y (Sonriéndose.) no tengo necesidad de consuelo, mientras que Blanca sufre... amigo mio... Llora... (Sonriéndose.) y ya sabeis vos que no podeis ver llorar...

JORGE. (Con alegria.) ¡Hermana mia... eres adorable.

MARIA. (Tendiéndole los brazos.) ¡Abrázame, hermano mio! (Jorge abraza á Maria. Blanca y Madama Fontenay aparecen por la derecha.)

JORGE. (Viéndolas, dice á Maria en voz baja y con turbacion.) ¡Es Blanca!

MARIA. (Bajo.) ¡Déjame á mí! (Yendo á Blanca.) Tú no sabes, Blanca, por qué Jorge habia cambiado hace algun tiempo?.. porque le parecia que alguno nos queria mas de... lo regular... (Mirando á Claudio.) y estaba celoso...

BLANCA. ¿De veras? Pero... (Antonio se presenta en el foro.)

MARIA. (Haciendo pasar á su hermana al lado de Jorge.) ¡Pero ya no lo está... porque si mamá lo consiente... me caso con Claudio!

BLANCA. ¿Tú?

MAD. (Bajo.) Pero...

MARIA. (Id.) Es al que amo... y al que conozco que he amado siempre.

MAD. (Entre sus dos hijas.) Hijas mias queridas... ¡cuánto siento no poderos dar muchas riquezas! (Claudio se acerca y ella le coge la mano.)

JORGE. ¿Y qué importa? (Antonio, que se ha presentado hace algunos instantes, llama á la puerta desde fuera.)

MAD. (Volviéndose.) ¡Antonio!

ANT. (Á Maria señalando á Claudio.) Yo no sabia que... (Á Claudio.) Por lo demas, eso no es de gravedad... ¿eh?... (Cogiéndole la mano.) ¡Tanto mejor! (Á todos.) Perdonadme, señores. (Bajo á Madama Fontenay.) Tia mia, ya he encontrado otro medio de arreglar lo del millon que sabeis... Como os tengo dicho, ya me fastidio de estar solo... pues bien... supuesto que no he podido ser el esposo de Maria, quisiera ser... Tia mia, quereis casaros conmigo?

MAD. (Sorprendida.) ¿Eh?

ANT. La idea nació de vos.

MAD. ¿Casarme con vos?

ANT. (Vivamente.) Lo mismo dá hoy que mañana. Tomaos el tiempo que gusteis... reflexionadlo.

MAD. (Riendo.) ¿Estais loco?

ANT. Y cuando os hayais decidido, ya sabeis la costumbre del «Morvan:» cuando se admite un novio, se le convida á comer.

AGUST. (Saliendo por el foro.) Señora, el almuerzo está en la mesa.

MAD. (Abrazando á sus dos hijas.) Quedaos á almorzar, Antonio.

ANT. (Alegre.) ¡Gracias, tia mia! Acepto.

AGUST. (Á Mariana, enterneciéndose poco á poco.) ¿Con que es decir entonces que todo el mundo vá á ser feliz aqui?

MAR. Asi parece, mocito.

AGUST. (Sollozando.) ¡Ah, Dios de bondad, qué alegria, qué alegria! ¡Estoy llorando de gusto!

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 13 de Diciembre de 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

id en 1818.
id á vista de pájaro.

o y Blanco.
mo se entiende, ó un hom-
tímido.
eza contra nobleza.
s todo oro lo que reluce.

pia

ósito de enmienda.
r á rio revuelto.
lla y por él.
heridas las de honor, ó el agravio del Cid.
a puerta del jardin.
roso caballero es D. Dinero.
los veniales.

convido al Coronel!...
a mucho abarca.
suerte la mia!
én es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

lica y Medoro.
s de buena ley.
al mas feo.

ryina la Gitana.
lo y Marte.
o y Flora.

senando.
Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde pro-
lor.

ctrino.
sayo de una ópera.
lesero y la maja.
rro del hortelano.
euta y en Marruecos.
on en la ratonera.
timo mono.
dos de carnaval.
lirio (drama lírico).
stillon de la Rioja (*Música*).

El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.

Juan Lanas. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

)ireccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra..........	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy..........	Martí.
Algeciras.......	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria........	Alvarez.
Avila..........	Palomares.
Badajoz........	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem..........	Cerdá.
Bejar..........	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres........	Valiente.
Cádiz..........	V. de Moraleda.
Cartagena......	Muñoz Garcia.
Castellon.......	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real....	Arellano.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Córdoba........	Lozano.
Coruña........	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol.........	Taxonera.
Figueras.......	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon..........	Crespo y Cruz.
Granada........	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva.........	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	Mestre.
Jaen...........	Idalgo.
Jerez..........	Alvarez.
Leon..........	Viuda de Miñon.
Lérida.........	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca..........	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo..........	Viuda de Pujol.
Mahon.........	Vinent.
Málaga.........	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró.........	Abadal.
Murcia.........	Hered. de Andrion.
Orense.........	Robles.
Orihuela.......	Berruezo.
Osuna.........	Montero.
Oviedo.........	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona......	Barrena.
Pontevedra.....	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus..........	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca......	Huebra.
San Fernando...	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife.......	Power.
Santander......	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian...	Garralda.
Segorbe........	Mengol.
Segovia........	Salcedo.
Sevilla........	Alvarez y Comp.
Soria..........	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona......	Pujol
Teruel.........	Baquedano.
Toledo.........	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo...........	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria.........	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza.......	V. de Heredia.